

La redefinición de la diplomacia cultural en el mundo contemporáneo¹

Sandra Montoya Ruiz

politologa@hotmail.com

El escenario internacional actual permite observar un nuevo estadio del Estado, un tránsito trazado por los procesos de globalización que atañen a las dimensiones económica, política, ambiental y cultural e imponen nuevos retos a los actores internacionales en procesos de cambio y transformación de la naturaleza de los recursos que determinan la capacidad de acción de los actores en la escena internacional, y que tienen lugar finalizada la Guerra Fría. Este escenario renovado atestigua el surgimiento de potencias no occidentales (China, India, Japón y Rusia) que juegan papeles importantes en la agenda internacional, así como potencias emergentes del talante de Brasil, Corea, Indonesia, México, Sudáfrica y Turquía, con agendas propias y constructivas articuladas a las regiones cercanas en las que se desarrollan, así como acciones conjuntas entre sí. Estados

Unidos y la Unión Europea, economías que durante el siglo XXI han cimentado una tradición de estabilidad y fortaleza, han presenciado periodos de crisis financiera. Se encuentra así una coyuntura que privilegia el análisis para la definición de su curso, y representa un gran desafío en el campo cultural. Este escenario avizora simultáneamente una mayor relevancia de actores no Estatales, especialmente del sector privado, movimientos sociales y redes, organizaciones de crimen transnacional, y el fortalecimiento de identidades locales, nacionalistas e incluso autonómicas.

Simultáneamente, en el siglo XXI sobresalen Estados que han otorgado un papel protagonista a la diplomacia cultural –a la dimensión cultural– en la formulación de su política exterior, no como un tema *light* de maquillaje y construcción artificial de una

¹ Este documento corresponde a la adaptación de uno de los capítulos de la tesis de Grado “Política exterior y diplomacia cultural: hacia la continuidad de la inserción internacional constructiva. Aprendizajes ilustrativos de experiencias internacionales notables”, presentada por Sandra Montoya Ruiz y dirigida por el doctor Bernardo Vela Obregozo, en el marco de la Maestría en Asuntos Internacionales de la Universidad Externado de Colombia. La tesis obtuvo la distinción de *Cum Laude* en el mes de agosto de 2012.

imagen que contrasta con la política y las realidades domésticas, como se puede confundir convenientemente la magnitud de la diplomacia cultural. Estos Estados han optado por la construcción de vínculos culturales en múltiples escenarios, y con la participación de diversos actores bajo la premisa de alimentar su identidad e intereses, así como de generar una percepción de sí asociada a la legitimidad y el respeto. Son diversas las formas y los procesos en que estos Estados han propiciado espacios, encuentros simétricos y constructivos entre visiones de mundo que van más allá de las fronteras político-administrativas del Estado en su acepción moderna, expandiendo así el marco para la toma de decisiones, incluyendo al sector privado, movimientos sociales, organismos multilaterales y a sus poblaciones como partícipes del proyecto y apuesta de identidad cultural exterior. Sus procesos demuestran que la diplomacia cultural fortifica el poder de negociación del Estado, da apertura a estrategias multidimensionales e interdisciplinarias para alcanzar el reconocimiento de sus intereses e identidades ante múltiples escenarios, mientras facilita la comprensión y percepción de una imagen internacional que supera las suposiciones o los estereotipos.

Es más, la diplomacia cultural y sus expresiones tienen un sustento teórico que se puede rastrear en diversos momentos y escuelas en el transcurso de la disciplina de las relaciones internacionales. La pertinencia de expandir estos aportes y profundizarlos se conjuga con lo que sucede actualmente, cuando presenciamos un incremento de las relaciones internacionales construidas con base en el mutuo entendimiento, “ha crecido la relevancia del *soft power*

como alternativa, medio de interacción internacional [lo cual contrasta con la] escasez de investigación sobre diplomacia cultural [...] el mundo de la diplomacia cultural cambia rápidamente y como tal, la información y análisis sobre el campo deben ser continuamente actualizados” (Poos, 2011). Este vacío y reto académico fueron uno de los incentivos de este artículo y de la tesis “Política exterior y diplomacia cultural: hacia la continuidad de la inserción internacional constructiva. Aprendizajes ilustrativos de experiencias internacionales notables”, una investigación cualitativa en la que se revisan experiencias internacionales de cinco Estados que han incursionado en diplomacia cultural como parte integrante de su política exterior: Federación Suiza, Estados Unidos de México, República de Corea, República de Indonesia y República de Turquía. La pregunta de la investigación, ¿qué papel ha jugado la diplomacia cultural en la política exterior colombiana entre 1991 y 2011?, es abordada bajo una propositiva exploración de teorías de las relaciones internacionales desde el foco de la cultura, entrevistas cualitativas semiestructuradas a representantes diplomáticos de los Estados seleccionados adscritos a las Misiones acreditadas en Colombia, a representantes de la Academia San Carlos y la Dirección de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. Dentro de los resultados de la investigación se propone una definición de *diplomacia cultural profunda* como:

complejo conjunto de operaciones, actividades, programas e iniciativas orquestadas por el Estado con ayuda de diversos actores para fines de la política exte-

rior; incluyen la diversidad y creatividad, las múltiples expresiones culturales en sus manifestaciones locales y nacionales y diversos momentos históricos, con el propósito de tejer relaciones entre los países, construir y consolidar los nexos con el mundo y sus mundos, intercambio de ideas, información, valores, sistemas, tradiciones y creencias, y fomentar el entendimiento mutuo entre los actores, puntos de encuentro y estrategias conjuntas. Acoge el poder intangible integrado por elementos como el manejo responsable y coherente de la(s) imagen(es) de país en el exterior, la promoción y preservación del patrimonio cultural, las artes en sus diversas disciplinas y momentos [...] desde el arte popular (folclórico) hasta las industrias culturales, atravesando por artes visuales, escénicas, literatura, gastronomía, cine y medios audiovisuales, música e idioma(s). Desde los programas e iniciativas de intercambio y cooperación educativa bilateral, multilateral y global, hasta el intercambio para la creación artística misma. Desde el involucramiento de la población receptora, las misiones diplomáticas en el exterior, hasta de los connacionales en el exterior y retornados. Desde la enseñanza del lenguaje/idioma(s) e historia nacional(s) hasta el diálogo interreligioso e intercultural. Así, la cultura desafía al arte de la diplomacia para transmitirlo en su encuentro con el otro y propiciarlo, se desprende y enlaza mutuamente con la política exterior y su dimensión cultural, entendiendo por cultura el conjunto de rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o grupo social, incluye no solo las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y creencias².

La tesis en su cierre esboza recomendaciones que apuntan hacia la profundización de la diplomacia cultural en la política exterior colombiana, herramientas para contribuir al logro y la sostenibilidad de retos internacionales y desafíos nacionales del talante de: la membrecía activa en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), la continuidad en la expansión y sincronización del sistema educativo superior, y la superación del conflicto armado interno.

Ahora bien, y remitiéndonos a la tesis “Diplomacia cultural siglo XXI: puente interteórico en las relaciones internacionales, retomando caminos que trascienden el síndrome de la Segunda Guerra Mundial y sus derivaciones”, abordaremos preguntas como ¿cuál es la importancia de la cultura como dimensión en el comportamiento de las relaciones internacionales? En el transcurso de las relaciones internacionales como disciplina, ¿la cultura ha tenido presencia, su reconocimiento es reciente? ¿Qué elementos en las diversas teorías en las relaciones internacionales vinculan o podrían vincularse con la cultura? ¿Podría pensarse en la diplomacia cultural como vehículo interteórico en el multiparadigmatismo del siglo XXI? ¿Por qué Alexander Wendt y Joseph Nye podrían contribuir al entendimiento de la diplomacia cultural profunda? ¿Qué puede acercarse a la definición de diplomacia cultural

² Definición construida con base en aportes de: Waluyo (s. f.) y de Klavins (s. f.). Y revisión de experiencias de los cinco Estados seleccionados en la investigación.

que conjugue un sustento teórico y las experiencias diversas de los casos analizados?

Así, buscamos abordar aquello que ha sido identificado por Barry H. Steiner quien sostiene que “no hay otra área en el mundo político que haya reflejado el gran vacío entre la experiencia y la teoría, como el arte gubernamental de la diplomacia” (Sharp, 1999, 34), y fomentar la incursión de enfoques teóricos propositivos. En particular, la construcción de uno de los puentes interteóricos posibles entre el constructivismo de Alexander Wendt y el *soft power* de Joseph Nye. Para ello realizaremos una aproximación sucinta a las relaciones internacionales como disciplina en sus diversas fases y escuelas, rastreando el papel, el grado o la presencia de la cultura en las propuestas de diversos teóricos que han transitado en la disciplina, y las continuidades y discontinuidades a lo largo del siglo xx en el marco de sus contextos históricos. El presente artículo se divide en dos partes, en la primera se realiza una mirada que permite entender parte del debate fundacional de las relaciones internacionales como disciplina, seguida por una aproximación sucinta a sus diversas fases y escuelas a lo largo del siglo xx. En la segunda parte se propone construir uno de los puentes interteóricos que el multiparadigmatismo actual posibilita, un diálogo entre Alexander Wendt y Joseph Nye en torno a la *diplomacia cultural profunda*, precisando y abriendo puertas para múltiples aportes en la definición de los cursos de las sociedades nacionales, locales, regionales y el futuro compartido en el globo terráqueo.

Al realizar una mirada al recorrido de las relaciones internacionales como disciplina se observa una paradoja: su separación y “con-

solidación” se dan justamente después de la Segunda Guerra Mundial y el contexto posbélico. Desde entonces, las interpretaciones y el pesimismo derivado de la guerra han permeado el avance teórico en Occidente, especialmente en Estados Unidos, en donde se concentró el mayor número de estudios en la disciplina. Se suele olvidar que los enfoques propositivos y constructivos en la etapa embrionaria de la disciplina —previa a la Segunda Guerra Mundial— tenían fuerza en Estados Unidos y Europa. La difusión del poder transformador de las relaciones internacionales o la aceptación de dichos enfoques ha estado fraguada por el síndrome de esta guerra. Retomar el impulso y la visibilidad de enfoques que incursionan en los cauces embrionarios, darles un lugar en la arena pública y toma de decisiones ha sido un desafío para los académicos que han retado la atmósfera científica social.

ENTRE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS, PREVIO DEBATE “FUNDACIONAL” DE LA DISCIPLINA

La metodología de análisis social en Europa y Estados Unidos —como polos de mayor concentración de la literatura en relaciones internacionales— ha presentado líneas diferenciadas, sus antecedentes permiten entender las raíces del debate entre “idealistas y realistas”, o “primer debate en *ri*”, cuyo legado marca cursos diversos durante el siglo xx. De una parte, los realistas acogen la influencia del empirismo de David Hume y Stuart Mill para el caso de Estados Unidos, mientras que August Comte y Saint Simon lo hacen en Francia, “la tradición empirista no tuvo una réplica en el continente Europeo [...] su continuidad en América del

Norte fue evidente, en cambio en Francia, excepcionalmente autores como el conde Saint Simon respondieron a este enfoque bajo la filosofía positivista” (Ortiz, 2000, 57-59).

De acuerdo con Stuart Mill –según Ortiz–, el fenómeno social tiene causas antecedentes que lo provocan y deben analizarse en conjunto y por separado, siendo la respuesta válida solo para el estado presente en que se encuentra la sociedad que se considera; no obstante, es posible encontrar leyes de la sociedad en la historia, de las cuales se extraen generalizaciones que permiten explicar periodos específicos. Ahora bien, Mill otorga un lugar a la cultura en este proceso, reconoce que las condiciones económicas, sociales y culturales se afectan mutuamente, que la tradición juega un papel importante y las características culturales ambientales influyen de manera poderosa en las líneas de razonamiento. Este último planteamiento no fue profundizado por autores posteriores que desarrollaron el empirismo anglosajón, quienes se centraron en el carácter pragmático, en la observancia de la realidad, de la precisión y la rapidez en las respuestas.

Del otro lado del Atlántico, en el continente europeo,

la teoría del conocimiento transcurrió más bien por el camino del racionalismo (Francia) e idealismo (Alemania) [...] el idealismo como escuela ganó terreno con Immanuel Kant [...] se expandió desde Alemania a muchas partes, [...] en el siglo XIX su influencia teórica en el campo de los estudios políticos, [...] de las relaciones internacionales fue considerable [...] igualmente poderosa será la doctrina positivista de Augusto Comte (Ortiz, 2000, 60-61).

Para Comte, todo conocimiento genuino se basa en la experiencia sensorial y puede avanzar gracias a la observación y el experimento. Desde el positivismo, “los fenómenos sociales están sujetos a un determinismo estricto que opera en la forma de inevitable evolución que en sí misma es gobernada por el progreso de la mente humana [...] la mente humana avanza desde su estado teleológico, a través del estado metafísico, a un estado final positivo” (Ortiz, 2000, 63).

En este caso –como sucedió en Estados Unidos con el empirismo– se deja en el tintero la apertura científica y desprevenida promovida por Comte, para quien

todo genuino conocimiento se basa en la experiencia sensorial y puede avanzar solo gracias a la observación del conocimiento [...] una actitud de este tipo requiere de una disposición continua a abandonar un juicio emitido, o cambiarlo, si así lo requieren nuevas experiencias, [...] implica falta de prejuicio, superstición, obstinación, creencia ciega en la autoridad o de fanatismo (Ortiz, 2000, 61).

La disposición científica comteniana se hace difícilmente aplicable en contextos bélicos y posbélicos trazados por la polarización social a nivel local e internacional; los desarrollos de teóricos de las relaciones internacionales posteriores a la Segunda Guerra Mundial que acogen la influencia comteniana muestran la posibilidad de abstraerse de estereotipos derivados de la visión de los vencedores de la guerra, con efectos demolidores para sus poblaciones y para el encuentro intercultural “vencedores-vencidos”.

Entre tanto, Immanuel Kant (1724-1804) brinda aportes para las relaciones internacionales desde *el idealismo*, la visión de sociedad humana y la posibilidad de tránsito del estado de naturaleza hobbesiano hacia un estado de “paz perpetua” –título de su libro–. Kant postuló la conveniencia de crear una federación de repúblicas ligadas por múltiples reglas de carácter moral tendentes a evitar la guerra, conectando la realidad doméstica con la internacional como elementos inseparables,

el problema del establecimiento de una constitución civil perfecta depende a su vez del problema de una reglamentación de las relaciones interestatales [...] la Naturaleza ha utilizado [...] nuevamente la incompatibilidad de los hombres, cifrada ahora en la incompatibilidad de las grandes sociedades y cuerpos políticos [...] como un medio para descubrir en su inevitable antagonismo un estado de paz y seguridad (Santiago, 2004).

Como lo resalta Teresa Santiago, para Kant la construcción de la paz a nivel internacional hace necesarias dos etapas, a) poner límites a la guerra a través de ciertas reglas o leyes con el fin de ir estrechando el espacio a la posible legitimación del recurso bélico, b) la construcción de la paz. Una base de entendimiento mínimo entre los Estados, bajo un orden jurídico y moral, para no “solo” contener la guerra, sino generar confianza mutua, requiere:

1) Prohibición de reservas secretas en los tratados de paz; 2) prohibición de que un Estado pueda ser adquirido por otro mediante herencia, intercambio, compra o donación; 3) eventual desaparición de los ejércitos regulares; 4) la prohibición de que la política

exterior dé lugar a deuda pública; 5) no intervención de los Estados en los asuntos internos; 6) prohibición de ciertas conductas –recurrir a asesinatos, envenenadores, actos de sedición, y toda clase de “estratagemas deshonorosas”– de tipo tal que hagan imposible la confianza mutua en una paz futura [...] El mayor problema para la especie, a cuya solución le fuerza la naturaleza, es la instauración de una sociedad civil que administre universalmente el derecho (Principio 5°); este problema es al mismo tiempo el más difícil y el que más tardíamente será resuelto por la especie humana (Principio 6°) [Más aún] mientras no exista la motivación moral del derecho, Kant considera erróneo pensar que una instancia jurídica real puede cumplir el ideal de una comunidad pacífica mundial. En este sentido, introduce elementos como el de la cultura, el espíritu comercial de los pueblos y el fortalecimiento de la esfera pública (Santiago, 2004).

El ideal cosmopolita de Kant permite pensar en construir un común y consensuado concepto global de justicia, en el que el intercambio cultural es deseable y los flujos migratorios y comerciales son importantes para facilitar este proceso de construcción. La crítica kantiana (Santiago, 2004) va dirigida a la pretensión de hacer del conocimiento empírico la piedra angular para la formulación de máximas, pues ha implicado ignorar lo que ya ha sido juzgado conforme a “lo correcto” o “lo justo”. En este punto, y retomando a sus críticos, “lo correcto” y lo “justo” bajo los contextos culturales específicos requiere dialogar. En este sentido, la diplomacia de la no reserva secreta, la diplomacia pública, y su valor en la prevención de conflictos y para el proceso de construcción y mantenimiento de la paz son claves.

Según la visión de los idealistas bajo el prisma kantiano,

los pueblos pueden considerarse, en cuanto Estados, como individuos particulares que en su estado de naturaleza (es decir, independientes de leyes externas) se perjudican unos a otros ya por su mera coexistencia, y cada uno, en aras de su seguridad, puede y debe exigir al otro que entre con él en una Constitución civil, en la que pueda garantizar a cada uno su derecho [...] una federación de pueblos que, sin embargo, no debería ser un Estado de pueblos (Del Arenal, 1994).

La federación en la cual está pensando Kant no es la extrapolación exacta de lo que sucede con el Estado-nación moderno, se trata de una supranacionalidad sin centro específico, lo cual busca evitar un despotismo –ilustrado o no– por parte de algún o algunos Estados. El “federalismo libre” de Estados es el punto medio que concilia soberanía y paz; desde posturas críticas, esto requiere definir conjuntamente y coincidir en el concepto de libertad, e incluso ampliar el prisma de la elección racional. El legado de Kant acogerá el estado embrionario de las relaciones internacionales en diversas vertientes.

APROXIMACIONES SUCINTAS EN EL SIGLO XX, ¿Y LA CULTURA EN LAS ESCUELAS DE RI?

La adolescencia de las relaciones internacionales, tomando su corta vida como disciplina institucionalizada en el siglo xx, ha vivido el tránsito de diversas escuelas que podrían relacionarse dentro de “fases”. Celestino del Arenal evidencia que las fases han sido permeadas por los presupuestos filosóficos y metodológicos

del saber social y los contextos históricos en los que han tenido lugar, siendo los grandes debates los puntos que marcan el paso de una a otra fase, sin dejar de lado el “hegemonismo que en el campo científico de las relaciones internacionales ha tenido Estados Unidos” (Del Arenal, 1994). Esta situación pone sobre el tapete la necesidad de divulgar aportes teóricos que han tenido lugar en sociedades académicas de otras latitudes, y socializar aprendizajes, “otras” miradas del mundo y la historia, y de la disciplina.

Hecha la anterior precisión, no se niega la posibilidad de rastrear el papel atribuido a la cultura en el estudio y entendimiento propuesto por las escuelas de relaciones internacionales en cada fase. La cultura ha estado presente en distintos grados en los planteamientos de académicos de escuelas que han transitado en su curso, lo cual estimula a pensar en el papel de la cultura como un posible puente interteórico que permite acercar el pasado y el presente, y adquirir una mirada de futuro entre los actores del sistema internacional.

A continuación se exploran las cuatro etapas de las relaciones internacionales propuestas por Dougherty y Plafaltgraff, y Del Arenal: “idealista normativa desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta la década de los treinta, realista y empírico-normativa hasta los cincuenta, behaviorista-cuantitativa hasta los setenta, la posbehaviorista desde los finales de los setenta hasta nuestros días” (Del Arenal, 1994, 77). Además, serán incluidas las aproximaciones teóricas que de manera simultánea aparecen en sus contextos, desde la lupa de la cultura.

a. Primera fase: un contexto ampliado

Finalizada la Primera Guerra Mundial compiten tres visiones de las relaciones internacionales, del mundo y de los Estados en el escenario internacional por la expansión de los imaginarios de Alemania nacional-socialista, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La visión del nacional-socialismo que empieza a gestarse en el periodo de entreguerras, se posiciona en la década de los treinta y parte de los cuarenta liderada por Adolf Hitler; compete con la visión marxista de las relaciones internacionales promovida por Lenin en la recién fundada URSS (1922). Esta competencia transnacional se sitúa en la etapa embrionaria de las relaciones internacionales e incluye el idealismo político promovido por el presidente Woodrow Wilson en Estados Unidos, propulsor de la Sociedad de las Naciones, derivada del Tratado de Versalles (1919). Estos tres enfoques y visiones de mundo se mencionan para hacer justicia al contexto internacional; no obstante, el presente ejercicio académico no aborda el papel de la cultura en las visiones de la teoría marxista en la URSS, ni en la Alemania del Tercer Reich, pero su aproximación responsable resulta indispensable para no perder esa parte esencial de la historia. A nivel teórico y empírico, en la

disciplina de las relaciones internacionales los planteamientos derivados de estas experiencias son necesarios para dar lugar a la construcción de la memoria colectiva global.

La *primera fase*, “idealista normativa”, embrionaria de la disciplina, se sitúa en Estados Unidos, en el contexto de pos Primera Guerra Mundial, con la visión de la necesidad compartida y difundida de la labor intelectual, científica y social de trascender la diplomacia tradicional, insuficiente para garantizar la paz internacional, el reconocimiento social y la opinión pública que privilegia erradicar la guerra como instrumento de la política. La propuesta de un sistema global de seguridad colectiva se perfila como necesidad. El idealismo político de Woodrow Wilson en Estados Unidos otorga un nuevo rol para este país en el escenario internacional; inicialmente neutral, en 1918 pronuncia ante el Congreso la Lista de 14 puntos³ para la obtención de la paz, que sirvieron para establecer el Tratado de Versalles de 1919. Según Arenal (1994, 86), el idealismo como vertiente tiene presentes, en mayor o menor medida en sus variantes, los siguientes elementos:

... Fe en el progreso, que supone que la naturaleza humana puede entenderse no en términos de hechos inmutables, sino en potencialidades que se

³ Para la obtención de la paz: “a. El final de la diplomacia secreta. b. La libertad de navegación y comercio. c. La desaparición de las barreras económicas. d. La reducción de los armamentos militares. e. Reglamentación de las rivalidades coloniales. f. Evacuación de Rusia. g. La restitución de la soberanía en Bélgica. h. La restitución de Alsacia y Lorena a Francia. i. El reajuste de las fronteras de Italia. j. La autonomía de los pueblos del Imperio austrohúngaro. k. La evacuación de Rumania, Serbia y Montenegro. l. La autonomía de los pueblos del Imperio Otomano. m. La restitución de la soberanía de Polonia. n. La creación de una Liga de Naciones”. Ver Discurso del presidente Wilson al Congreso de Estados Unidos, 8 de enero de 1918.

actualizan progresivamente a lo largo de la historia [...] en la eficacia del cambio a través de la acción humana. Cuando los idealistas hablan de progreso significan con ello la actualización de potencialidades del hombre a través de la racionalidad; 3) considera que un orden político racional y moral es posible en el sistema internacional, los Estados son capaces de comportarse entre sí de una forma racional y moral; 4) los intereses de los Estados son complementarios más que antagónicos (Del Arenal, 1994).

En el periodo de entreguerras, en la década de los treinta, como lo resalta Thomas G. Weiss (2009, 255), estos elementos nutrieron la idea del Gobierno Mundial, idea que tiene sus inicios en el siglo xv con Hugo Groccio, al cual se suman Kant con la visión de una confederación de países y Woodrow Wilson. La idea fue central en el debate público en Estados Unidos —hecho que se ignora en la actualidad—, así como la Campaña para un Gobierno Mundial (CWG) y la publicación por parte del *New York Times* en 1939 de un *best seller* —*Union Now*— que proponía una Unión Global Federal. En la etapa embrionaria de las relaciones internacionales, “la finalidad fundamental de los estudios era hallar los medios adecuados para organizar la paz” (Reynolds, en Barbé, 2008, 79). El idealismo parte de la consideración de un contrato social a nivel internacional que facilite la fluidez de las relaciones internacionales, un proyecto hacia la práctica por un futuro mejor, hacia un orden mundial compartido y federado.

Entre tanto, y de manera paralela, aparece la búsqueda hacia la transformación en el continente Europeo a través de Miltrany y el funcionalismo, cuyos aportes son retomados

posteriormente por Ernst Haas para la integración europea. Miltrany “creía que expandiendo un sistema de organizaciones internacionales especializadas liderada por expertos técnicos podría ser un fuerza transformadora en la política mundial” (Ruggie, Katzenstein, Keohane y Schmitter, 2005), lo cual deja en el marco de organizaciones técnicas apolitizadas la capacidad y función de evitar nuevos conflictos e incrementar la posibilidad de paz mundial, que se lograría con la expansión de las organizaciones hacia una constelación de las mismas que podrían coordinarse sin formar un Leviatán, hacia un modelo de otro talante y supranacional.

b. Segunda fase: idealismo frente a realismo: eclipse idealista

Con la detonación de la Segunda Guerra Mundial y la percepción del fracaso de la Sociedad de las Naciones —que cabe resaltar no todos los países integraron ni alcanzó a tener una infraestructura suficiente para adoptar medidas que detuvieran la guerra—, tiene lugar el llamado debate entre “idealistas y realistas”, que da paso a la segunda fase de las relaciones internacionales “realista y empírico-normativa”. En el debate fundacional de la disciplina se propicia la “victoria” del realismo, reduciendo el reconocimiento de la importancia de los aportes del idealismo a las relaciones internacionales.

A partir de esta etapa se retoman y se aboga por las ideas de la seguridad nacional y la fuerza militar como soporte de la diplomacia —de la política exterior—. La visión de política como arte del buen gobierno, de la capacidad humana de aprender a cambiar y controlar su

conducta, es eclipsada por la visión del poder que niega la posibilidad de progreso, la razón de Estado se entiende bajo esta otra lógica.

Surge así una generación de estudiosos aferrados al pragmatismo [...] enlazan la tradición realista o hobbesiana [...] pretende entender el mundo tal como es y no cambiarlo, proporciona a las relaciones internacionales los rasgos definitorios de su carácter científico y autónomo, haciendo del poder la clave para entender y explicar esas relaciones (Del Arenal, 1994, 81).

La teoría liderada por Hans Morgenthau (Barbé, 2008, 41) sobrevive el paso de la Segunda Guerra Mundial, guiando la toma de decisiones en el escenario político, a partir de la visión de estado de guerra de todos contra todos, un juego de suma cero en el que los intereses de los Estados son excluyentes entre sí. La paz es vista desde este filtro como un simple periodo de recuperación de entreguerras, los principios que rigen la conducta internacional son la prudencia y el cálculo a la hora de actuar.

Para Morgenthau el Estado es el único actor digno de ser estudiado en el sistema internacional, las políticas exteriores deben operar bajo el estándar del interés nacional, por ello la actuación racional de los Estados es previsible a través de su política exterior, cuyo objetivo es la supervivencia, lo cual se articula con el “equilibrio del poder” entendido como resultado de la acción exterior de los Estados que procuran mantener el *status quo*, en el que es irrelevante la política interna (Barbé, 1987, 154). Cabe resaltar que desde el realismo la diplomacia requiere el cumplimiento de cuatro reglas:

Estar despojada del espíritu de cruzada, ya que los diplomáticos dejan de ser pragmáticos y flexibles para adoptar actitudes beligerantes e intransigentes; los objetivos de la política exterior deben definirse en función del interés nacional y ser respaldados por la fuerza suficiente, la diplomacia debe considerar la escena política desde el punto de vista de otras naciones, las naciones deben querer comprometerse en todas las cuestiones que no son vitales para ellas (Morgenthau, 1986).

En el realismo tradicional, la cultura hace presencia como elemento integrante del interés nacional –tejido de manera doméstica–, que está ligado inexorablemente a la construcción de la política externa de los Estados. Así como se puede rastrear en el papel preponderante de los diplomáticos en el curso de las relaciones entre los Estados, “el éxito continuado de la diplomacia depende de cualidades morales e intelectuales extraordinarias [...] una equivocación en la valoración de los elementos del poderío nacional, cometida por uno u otro de los estadistas de importancia, puede deletrear la diferencia entre paz y guerra” (Morgenthau, en Barbé, 1987). Aunque no lo dice la teoría realista, sus planteamientos generan los siguientes interrogantes para el éxito continuado diplomático, ¿el conocimiento de la cultura del diplomático homólogo no está ligada al ejercicio práctico de la prudencia?, ¿no está ligado al conocimiento de lo que podría significar prudencia para el “otro” y evitar una equivocación en la valoración estratégica?

De manera paralela al auge del paradigma realista, y antes del inicio de la era nuclear, sobreviven esfuerzos idealistas (Weiss, 2009, 260). En este periodo fue fundada la United

World Federalist, el Comité para construir una Constitución Mundial, que fue muy fuerte en la Universidad de Chicago entre 1945 y 1951, del cual hizo parte Albert Einstein. La idea de Gobierno Mundial aún no se desvanece, tampoco la búsqueda de transformar la diplomacia y darle lugar a un poder diferente al *hard power*. Con la firma de la Carta del Atlántico entre Estados Unidos y Gran Bretaña en 1941 se establece el compromiso de crear una organización internacional que garantizara la paz después de la guerra y mejorara y reemplazara el ya existente mecanismo internacional para preservar la paz y el bienestar del mundo. En 1942, veintiséis naciones firman lo que luego se conocería como la “Declaración de las Naciones Unidas”, primer bosquejo de lo que luego sería la ONU, cuya existencia comienza en 1945 cuando la Carta de las Naciones es ratificada por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (Organización de las Naciones Unidas, 2010). Ahora bien, este gran avance de institucionalización, frente a la situación de guerra, disminuye el alcance de la idea de Gobierno Mundial, eclipsada de manera más contundente por la Guerra Fría en la cual es vetada por su conveniente asociación al comunismo.

Como lo resalta Weiss (2009, 261), la idea del gobierno mundial continúa en este periodo en Europa con intelectuales de la talla del historiador Arnold Toynbee, del escritor Aldous Huxley, del filósofo Bertrand Russell, y del Premio Nobel de Paz de 1949 John Boyd Orr; mientras, la mayoría de europeos siguieron a Jean Monnet y dirigieron la idea de gobierno federal para el continente como precursora de la Unión Europea. De manera simultánea, en

el entonces colonial sur global, las luchas locales por la independencia y solidaridad a favor de la descolonización fueron más apremiantes, lo cual no implica, parafraseando a Weiss, que la idea de gobierno mundial estuviera ausente. Es más, en el marco de la Asamblea General de la ONU de 1956, Jawaharlal Nehru, recién adquirida la independencia de India, declaró que:

a pesar de las dificultades y conflictos aparentes, gradualmente el sentido de una comunidad mundial que incluya a todos a través de sus representantes elegidos, no solo se está desarrollando, sino gestando en mentes de personas alrededor del mundo [...] la única forma de mirar hacia adelante certeramente es hacia una clase de orden mundial (p. 261).

c. Behaviorismo y posbehaviorismo, fases tres y cuatro

La *tercera fase o behaviorista*, desde el punto de vista teórico de las relaciones internacionales (Del Arenal, 1994, 78), puede considerarse en parte como reacción al exceso de realismo; en los años cincuenta

... algunos especialistas norteamericanos en política de seguridad nacional se replantean los postulados del realismo político [...] buscan un enfoque de carácter “científico” capaz de dar respuesta a la complejidad de las relaciones internacionales, una ciencia de relaciones internacionales con base en aplicación de métodos cuantitativos-matemáticos [...] imponiéndose lo que se ha denominado la perspectiva behaviorista o conductista [...] el objetivo último establecer un orden conceptual y analítico de las relaciones internacionales, definiendo, categorizando, comparando, verificando, reinterpretando y combi-

nado los nuevos materiales abstractos en un futuro marco integrado, para el análisis y la predicción de los fenómenos internacionales [...] los behavioristas responden a la tradición internacionalista grocciana, en cuanto niegan la especificidad de las relaciones internacionales respecto de la sociedad estatal, rechazando la tesis de la anarquía internacional, propia de idealistas y realistas (Del Arenal, 1994, 82).

Esta corriente genera el llamado gran “debate metodológico entre el enfoque clásico-tradicionalista y los cientificistas”, debate que es propiciado por la insatisfacción de equiparar metodológicamente las ciencias naturales y sociales, y por tanto, aplicar la metodología de ciencias exactas para el estudio de la política interna e internacional. Ello da paso a mediados de los años sesenta originariamente a la Ciencia Política, y transita a relaciones internacionales, al llamado por Easton *posbehaviorismo*, que surge en un contexto en el que se conjugan la crisis generalizada del sistema internacional y la convulsionada coyuntura que vive la sociedad norteamericana. Como lo señala Del Arenal (1994, 83), se conjugan un arma de destrucción masiva de alcance exponencial, el impresionante incremento demográfico y de contaminación ambiental, la concentración incremental de los recursos técnicos y del bienestar en unos pocos países, y la creciente brecha entre los países ricos y pobres. En Estados Unidos se da el despliegue de reivindicaciones sociales a favor de la igualdad racial, y manifestaciones y movimientos en contra de la guerra no declarada en Vietnam. En estos contextos se da cabida a la necesidad científica de dar paso a investigaciones que incluyan criterios humanos, éticos:

... debe existir un entendimiento hermenéutico de las interpretaciones subjetivas de los actores como de las reglas sociales que los constituyen [...] las cosas sociales difieren de las naturales en que [...] dependen del entrelazamiento de creencias, conceptos o teorías sostenidas por actores [...] dependen de las prácticas humanas, están en función de la creencia y acción (Wendt, 1999, 68-71).

Más aún, para Thomas Kuhn, la ciencia

... no es una cuidadosa construcción de teoría sobre la base de hechos neutrales laboriosamente acumulados, sino una actividad contingente de tipo social [...] está basada en “visiones de mundo” de paradigmas [que son] realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica [...] la elección de un paradigma supone un doble papel [...] instaura a la comunidad de sabios y define los problemas que conviene resolver, los modos de tratarlos (Ortiz, 1994, 67).

Incluso, y según Kuhn, “hay también circunstancias, aunque las considero raras, en las que coexisten pacíficamente dos paradigmas en el último periodo” (Ortiz, 1994, 68). Lo cual resulta sugestivo para la apertura hacia caminos cognitivos de corte embrionario de la disciplina, como sucede en 1963 cuando Morgenthau afirma que:

el Estado nacional en sí es producto de la historia y como tal está destinado a dejar paso con el tiempo a otras formas de organización política [...] cuando el Estado Nacional haya sido reemplazado por otra forma de organización, la política exterior deberá proteger [...] el interés de supervivencia de la nueva

organización [...] nada hay que en la posición del realista vaya en contra de [...] que la división actual del mundo en Estados-naciones no pueda verse superada por unidades mayores, de carácter bien distinto, ellas estarían más de acuerdo con las potencialidades técnicas y requisitos morales del mundo contemporáneo (Morgenthau, en Barbé, 1987, 156-157).

Ampliando el foco, el proceso no se detiene en el continente europeo, el tránsito hacia la integración de Estados tradicionalmente enfrentados, el proyecto de la noción de supranacionalidad que atestigua Ernst B. Haas, teórico del neofuncionalismo o de la llamada por él “aproximación al estudio de la integración”, en los años sesenta, dando así cabida a la posibilidad del cambio en las relaciones internacionales en la práctica, apostándole a la creación y proyección de la Comunidad Económica del Carbón y Acero (CECA), muy coherente con el legado kantiano de la seguridad colectiva. Haas brinda un énfasis político complementario al tecnicismo propuesto por Miltrany en los años treinta; para Haas, la integración política implica un proceso por el que los actores políticos en varios marcos nacionales distintos se persuaden de cambiar sus lealtades y expectativas políticas hacia un nuevo centro, cuyas instituciones poseen o piden jurisdicción sobre los Estados nacionales preexistentes.

De acuerdo con John Gerard Ruggie et ál. (2005, 278), Ernst B. Haas ha sido de los primeros en darse cuenta de que la liberalización del comercio, la inversión y la movilidad de las personas a través de las fronteras estatales, y la integración regional podrían transformar el sistema tradicional interestatal que había

caracterizado durante tres siglos la política europea. Para estos autores, Haas reconoce la importancia de los Estados nacionales, especialmente en la fundación de organizaciones regionales, y en los momentos posteriores por un tratado formal de refundación, hace hincapié en el papel de actores no estatales para una mayor integración: los movimientos y las organizaciones sociales a nivel nacional y regional, y la secretaría de la organización. Desde el foco de la cultura, Haas sostuvo que la cooperación también depende de las percepciones y actitudes de las personas:

es imposible evaluar el papel del Consejo en la integración europea solamente [...] sobre la base de textos de los tratados [...] las instituciones de tipo federal no garantizan necesariamente la integración, mientras que los órganos de carácter diplomático en realidad pueden ayudar, dependiendo de las técnicas utilizadas en la toma de decisiones (Ruggie et ál., 2005, 283).

En este orden de ideas, y dada la influencia de los valores y la cultura como base inherente a los actores, en la toma de decisiones para el plano supranacional ¿no podría la diplomacia cultural facilitar el encuentro y entendimiento mutuo necesario en el proceso de la integración? Haas no lo dice en esta etapa académica pero más adelante se incursionaría en ello.

d. ¿Hacia la convivencia interteórica?

En los años setenta la oleada de realismo y neorrealismo dominante en las relaciones internacionales, y sus restricciones explicativas de la realidad cambiante, fomentaron la

aparición de nuevos paradigmas, gestando el llamado “tercer debate en relaciones internacionales”⁴, o realismo frente a transnacionalismo-globalismo. Este debate se inscribe en el espíritu posbehaviorista y da lugar a la cuarta fase en las relaciones internacionales centrada en cuestiones de fondo, como la pertinencia de superar o no la visión Estado-céntrica en la formulación teórica. El transnacionalismo y el estructuralismo se visibilizan como alternativas al paradigma realista, una más distante que la otra de él. Esto ocurre en una década en la que se conjugan procesos de cambio como la distensión entre las grandes potencias, el derrumbe del sistema Bretton Woods, el declive de la imagen estadounidense por cuenta de la guerra en Vietnam, el pluralismo creciente en el bloque occidental, y el consenso entre “países en vías de desarrollo” para transformar el sistema económico internacional (Barbé, 1987, 161).

La interdependencia y los avances tecnológicos de la década llevaron a reconocer que ciertos problemas sobrepasan las soluciones del Estado, temas económicos y sociales adquieren una importancia en la agenda internacional. El cambio climático y las miradas ambientalistas, los procesos de descolonización, el crecimiento económico en Europa y Japón, hacen el caldo de cultivo para el surgimiento del término de “gobernanza global”, como puntualiza Weiss (2009, 258). Este nuevo contexto plantea preguntas en las que el marco del realismo se queda corto. Es más, “el mismo Morgenthau

demuestra en sus obras de los setenta [...] nuevos objetivos: el papel de las multinacionales, calificando la situación de nuevo feudalismo, la crisis energética considerada causa del ‘declive de occidente’, o la interdependencia, como base de las relaciones internacionales” (Barbé, 1987, 169).

Se abre el espectro del análisis a otras problemáticas y enfoques, con la mira en los acontecimientos mundiales para los transnacionalistas y en las causas de las diferencias entre los países ricos y pobres a nivel mundial para los estructuralistas. Ambos enfoques generan en los *neorrealistas* el reclamo, quienes a diferencia de Morgenthau centran el análisis en la estructura del sistema internacional, en una percepción del poder como medio y no fin en sí mismo, de la historia y la economía como claves para interpretar el sistema internacional, de unidades que ya no se pueden reducir, del sistema como unidad de análisis, y de la forma en que los recursos se distribuyen en él. Cabe resaltar que las posibilidades de cambio no están ausentes entre los neorrealistas, para Kenneth Waltz:

si cada Estado puede decidir por sí mismo cuándo usar la fuerza, la guerra puede estallar en cualquier momento [...] la diferencia existente entre la política nacional y la internacional no radica en el uso de la fuerza sino en los diferentes modos de organización destinados a hacer algo al respecto [...] en tanto no afectemos la estructura, no es posible que los cambios de intenciones y acciones de los actores particulares

⁴ Como puntualiza Esther Barbé, tras el primer debate “idealismo, realismo”, y el segundo debate “tradicionalismo-ciencismo”. Ver Barbé (2008, 66).

produzcan resultados deseables o se eviten los resultados indeseables, las estructuras pueden cambiarse cambiándose la distribución de capacidades de las unidades [...] las grandes tareas solo pueden ser llevadas a cabo por los agentes de gran capacidad [...] se les exige a los Estados especialmente a los principales que hagan necesario asegurar la supervivencia del mundo (1979, 151, 160-162).

Aunque no se identifica una alusión directa a la importancia de la cultura, la posibilidad de cambio del sistema internacional y la demanda a los agentes de gran capacidad sugiere interrogantes. Si según Waltz, “la posibilidad de una acción efectiva depende de la capacidad de suministrar los medios necesarios, depende de la existencia de las condiciones que permitan a las naciones y a otras organizaciones seguir políticas y estrategias adecuadas” (1979, 162), ¿esta oportunidad no podría ser acondicionada con el ejercicio de diplomacia cultural y su énfasis en la búsqueda conjunta de elementos comunes y mutuo entendimiento en la identificación de las estrategias adecuadas? Más aún, si la distribución de capacidades de las unidades posibilita el cambio, ¿el entendimiento y diálogo intercultural no facilitan este proceso?

Por su parte, el *estructuralismo* en las relaciones internacionales (Barbé, 2008, 69) busca conocer los orígenes, el carácter y las consecuencias del sistema capitalista mundial enfocándose en los temas del subdesarrollo y las desigualdades observables en el sistema internacional, como lo plantean Hobson, Hilderlingm Bujarin y Lenin. Para el estructuralismo (Barbé, 2008), la realidad del sistema global se caracteriza por actores que están so-

metidos a la lógica de dominio del capitalismo, caracterizada por la explotación y la ausencia de intereses comunes propiciada por el sistema. Es desde la influencia estructuralista y el contexto internacional que surgen la Teoría de la Dependencia, la Teoría del Sistema Mundo y el Análisis Centro-Periferia. El objeto de estudio de la teoría de la dependencia es la formación económico-social latinoamericana a partir de su integración subordinada a la economía mundial, como lo afirma Adrian Sotelo (2005). El marco teórico para esta teoría es el marxismo, y aborda problemas específicos para el debate político como el papel de la cultura, de la tecnología, el conocimiento y la educación. La teoría de la dependencia ha seguido –según Sotelo– diversificando sus líneas temáticas hacia el poscolonialismo.

Por su parte, Immanuel Wallerstein describe Teoría del Sistema Mundo como un sistema social que tiene

límites, estructuras, miembros, reglas de legitimación, y coherencia. Su vida está hecha de fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por la tensión y lo desgarran en la medida en que cada grupo busca externamente remodelarlo para su beneficio [...] tiene características de organismo, que cambian en algunos aspectos y se mantienen estables en otros [...] su vida esta autocontenida [...] hay dos variedades de sistema mundo: a) “imperios mundo” en los que hay un particular sistema político sobre la mayoría de su área, b) aquellos sistemas en los que ese sistema político singular no existe sobre todo, o virtualmente todo, el espacio, el “mundo economía” [...] en la era moderna “los mundo-economías” son altamente inestables cada uno intentando convertirse en imperios o desintegrar [...] el capitalismo como un modo económico está

basado en el hecho de que los factores económicos operan dentro de una arena mayor a la que cualquier entidad política puede controlar totalmente [...] el único sistema mundo alternativo que puede mantener un alto nivel de productividad y cambio del sistema de distribución implicaría la reintegración de los niveles de toma de decisiones políticas y económicas [...] ese mundo constituye un tercer mundo posible [...] un gobierno mundial socialista (1976, 229-233).

De esta manera se retoman el foco idealista y la posibilidad de un gobierno mundial diferente del acogido por W. Wilson en los años treinta. Wallerstein tiene una imagen de mundo en la cual la división del trabajo extensiva es funcional y geográfica, y esto permite entender la diferencia entre “Estados centro” y “zonas periféricas” (Sotelo, 2005). Para este autor, los asuntos económicos no están distribuidos a lo largo del sistema-mundo, lo cual ha generado consecuencias ecológicas y ha justificado la explotación de unos grupos sobre otros a escala mundial. Bajo el cedazo de la cultura,

... en una economía-mundo la estructura política tiende a conectar cultura con localización espacial. La razón es que en una economía-mundo el primer punto de presión política accesible para los grupos es la estructura local (nacional) del Estado. La homogeneización cultural tiende a servir a los intereses de grupos claves y presionar la construcción de identidades culturales nacionales (Wallerstein, 1976) [...] la arena externa de un siglo se convierte a menudo en la periferia –semiperiferia– del siguiente los Estados del centro pueden convertirse en periféricos y los semiperiféricos en periféricos (Wallerstein, 1999, 483, citado en Sotelo, 2005).

Lo anterior es sugestivo si se observa la aparición de potencias emergentes, algunas ex-colonias, exsemiperiferias y periferias. Suscita además el surgimiento de interrogantes frente a la conexión de las visiones de desarrollo y el papel de la cultura en ellas, ¿tiene alguna influencia-relación, en un proceso inverso a la homogeneización cultural?

De manera paralela, la teoría del *transnacionalismo* o *interdependencia* promueve una imagen de mundo trazada por el marco internacional de cooperación, lazos tecnológicos y sus avances indetenibles, relaciones comerciales y financieras, todos instrumentos para la construcción de una sociedad global. El idealismo embrionario es retomado desde otro ángulo, Robert Keohane y Joseph Nye reconocen que “las suposiciones personales acerca de la política mundial afectan profundamente lo que uno ve y cómo construye teorías para explicar acontecimientos” (Keohane y Nye en Barbé, 1987, 163). Dentro de las problemáticas de estudio las cuestiones energéticas, los temas culturales y ambientales tienen peso. La propuesta transnacionalista parte del reconocimiento de la articulación e interacción de múltiples actores que rompen con la noción clásica de soberanía nacional, promoviendo la negociación y el diálogo en una “red compleja de interacciones”. Se trata de una “interdependencia compleja”, en la cual los actores internacionales –Estados, multinacionales, ONG, instituciones internacionales, ciudadanos– mantienen un juego cooperativo. El “régimen internacional” al que Nye y Keohane (Barbé, 2008, 67-68) hacen referencia es entendido como un sistema internacional de redes, reglas,

normas y procedimientos que configuran el comportamiento y controlan sus efectos en el campo de la actividad.

El transnacionalismo se concatena con el *institucionalismo*, Keohane ha demostrado desde los años ochenta y continuando en los noventa la importancia de los aportes de las teorías institucionalistas en las relaciones internacionales, pues

las instituciones algunas veces importan, y es importante para las ciencias sociales descubrir cómo y en qué condiciones [...] las instituciones pueden proveer información, reducir costos de transacción, hacer más creíbles los acuerdos, establecer puntos focales para la coordinación, y en general facilitar que opere la reciprocidad [...] enraizadas en las realidades de poder e intereses, las instituciones hacen una significativa diferencia [...] su impacto en resultados varía dependiendo de la naturaleza del poder e intereses [...] las instituciones pueden mitigar los miedos a la trampa permitiendo que emerja la cooperación, alivianando los miedos de ganancias inequitativas [...] las ganancias relativas tienden a no tener mucho impacto en la cooperación si las ganancias absolutas potenciales de la cooperación son substanciales, o envuelve a más de dos Estados (Keohane y Martin, 1995, 40, 44-45).

En este contexto, y bajo el cristal de la cultura,

los Estados que usan estrategias de reciprocidad están involucrados en el intercambio unos con otros [...] la información acerca del valor de sus intercambios es requerida. La reciprocidad institucionalizada y las preocupaciones distribucionales son simplemente dos caras de una misma moneda, lo que refleja las dificultades de cooperar en un sistema carente de

ejecución centralizada y que apunta a la necesidad de fuentes de información fiables (Keohane y Martin, 1995, 46).

A partir de esta mirada, si en la construcción de reciprocidad la confianza es una pieza clave, proceso en el que son necesarios el mutuo entendimiento, el conocimiento del otro y su cultura, el aprendizaje de protocolos interculturales, de lo que es y no esperado por el otro, ¿no resultará la diplomacia profunda una facilitadora en esta tarea, y por tanto para la búsqueda de paz duradera? Más aún cuando

las instituciones cambian como resultado de la acción humana, y los cambios de las expectativas y procesos que resultan pueden acarrear profundos efectos en los comportamientos de los Estados [...] en una política del mundo limitado por el poder del Estado y los intereses divergentes, y de la improbable experiencia de gobernanza jerárquica efectiva, las instituciones internacionales que operan sobre la base de la reciprocidad serán componentes de una paz duradera (Keohane y Martin, 1995, 46).

De todas formas, no se puede dejar de lado que el *institucionalismo* en las relaciones internacionales tiene diversas aproximaciones, como lo puntualiza uno de sus críticos (Mearsheimer, 1995, 14); el institucionalismo liberal, la seguridad colectiva y la teoría crítica, en cada uno de ellos son trazados argumentos en torno a cómo las instituciones coadyuvan a los Estados a alejarse de la guerra y facilitan la estabilidad. En cada una de estas aproximaciones es posible encontrar que la cultura es un elemento importante, lo cual suscita la reflexión en torno a la diplomacia cultural

como vehículo para construir y contribuir en el proceso que da lugar a los beneficios que posibilitan las instituciones, incluso pensarla como punto de encuentro dentro de los institucionalistas.

Para el *institucionalismo liberal*, “la cooperación económica y ambiental entre Estados reduce la tendencia a la guerra, las instituciones son claves para promover esta cooperación [...] cuando las relaciones económicas están en juego pueden ser sostenidas entre varios Estados [...] mientras los prospectos de cooperación son más empobrecidos en asuntos de seguridad” (Mearsheimer, 1995, 16). La trampa (engaño) es el mayor obstáculo para la cooperación, para lo cual se hace necesario disuadir a los tramposos y generar cambios en el ambiente contractual a través de reglas. De estos planteamientos surge el interrogante, ¿no podría a través de ese vehículo cultural, de la diplomacia cultural profunda fomentarse el intercambio, contribuir a que los actores transiten del cálculo de ganancias relativas a la percepción de ganancias absolutas, visibilizando los motivos que permiten que la cooperación misma sea una ganancia absoluta?

Por otra parte, y desde la teoría de la *seguridad colectiva*—aquí se encuentra Woodrow Wilson— la pregunta es

¿cómo construir la paz? [...] se reconoce que el poder militar de los Estados debe manejarse adecuadamente, no eliminarse, los Estados deben creer que los intereses nacionales están inexorablemente unidos a los intereses de otros Estados [...] un ataque contra un Estado es visto como un ataque contra todos [...] los agresores son enfrentados con una poderosa coalición militar [...] los Estados deben confiar entre sí, si des-

confían entre sí como sucede en el mundo realista, la seguridad colectiva no funcionará, la confianza es una condición esencial para que el sistema funcione, los Estados deben prepararse para depender de su eficacia e imparcialidad (Mearsheimer, 1995, 26).

Acogiendo críticas de sus detractores, el interrogante sigue vigente ¿cómo generar que los Estados confíen unos y otros? ¿Cómo hacer que sobrepasen sus miedos y aprendan a confiar entre sí, a entender que toda agresión es incorrecta, y evitar el desafío militar? En este desafío ¿la diplomacia cultural profunda podría ser un camino?

Entre tanto, las *Teorías críticas*, en el campo de las relaciones internacionales,

buscan la transformación de la naturaleza de la política internacional en una “sociedad mundial” en la que en términos generales los Estados sean guiados por reglas de cooperación, crear un sistema de paz internacional [...] las ideas, los discursos, las formas como pensamos y nos referimos a la política internacional son fuerzas conductoras del comportamiento de los Estados, moldean el mundo material [...] las ideas importan porque el mundo está socialmente construido (Mearsheimer, 1995, 26).

Estas teorías de manera directa plantean la importancia de la cultura, en las relaciones internacionales, de las lógicas culturales del sistema internacional, de la estructura internacional, de los individuos, de los actores, “el sistema está socialmente construido por individuos cuyo comportamiento es mediado por sus pensamientos [...] que a su vez son compartidos por los miembros de una cultura [...] los individuos son responsables de mol-

dear el mundo que habitan” (Mearsheimer, 1995, p. 26). Entre los diversos teóricos críticos se encuentran Markus Fisher y Robert Cox. También en esta orilla se encuentra Alexander Wendt con el *constructivismo moderado*, que brinda una plataforma para la construcción interteórica hacia propuestas que retomen desafíos de la humanidad en sus escenarios local, regional, transregional, y global, desde las relaciones internacionales y trascendiendo nociones tradicionales de política interna y política externa, contribuyendo en aquello que puntualiza Robert Putnam:

La política interna y las relaciones internacionales están de alguna manera entrelazadas, pero nuestras teorías aún no han resuelto la maraña confusa. Es inútil discutir si realmente la política interna determina las relaciones internacionales, o a la inversa [...] Las preguntas más interesantes resultan ser ¿cuándo? y ¿cómo? [...] Interpretaciones emitidas en términos de causas domésticas y efectos internacionales (primera imagen) o de causas internacionales y efectos domésticos (segunda imagen) [...] se deben buscar teorías que den cuenta simultáneamente de interacciones de factores domésticos e internacionales [...] Ninguno de los planos puede ser ignorado por tomadores de decisiones, mientras sus países siguen siendo interdependientes (Putnam, 1988, 427).

Los procesos de globalización tienen un incremento en su rapidez dimensional en la década de los noventa, propiciado por cambios en el sistema internacional, entre ellos la desintegración del proyecto de la URSS y de un mundo bipolar; en su dimensión cultural, la exaltación de nacionalismos se contrarresta con el proceso unidimensional de la moder-

nidad. En esta década, Ernst Haas incursiona de manera contundente en uno de los desafíos visibilizados para la integración europea misma, las identidades nacionales, las identidades regionales y el cosmopolitismo multilateral.

La raza, la religión, la cultura y el lenguaje son bloques de construcción de la identidad nacional. Permiten a los líderes articular una visión nacional colectiva [...] que eventualmente se transformará, al menos en parte, en nuevas formas de cosmopolitismo multilateral. [En el 2000...] un análisis que incluye a China, India, Irán, Egipto, Brasil, México, Rusia y Ucrania encuentra [...] el nacionalismo como una fórmula racionalizada y progresiva. Incluso entre los recién llegados a la cuestión del nacionalismo, la estrategia [...] refleja las diferentes presiones de la ideología, la adaptación (la elección de nuevos medios), y, en ocasiones, del aprendizaje social (la elección de nuevos extremos). Brasil, China, México y Rusia [hasta 1991], tienen exitosa experiencia [...] Haas llegó a la conclusión de que solo el aprendizaje social conduce a la integración duradera de la sociedad y que este resultado es debido a la autoexamen que esto permite (Ruggie et ál., 2005, 289-292).

En el marco de la diversidad paradigmática, con Jhon Mearsheimer, bajo el *neorrealismo ofensivo*, se retoma la vigencia del realismo, y sitúa como actores relevantes a las grandes potencias del sistema internacional, entendiendo por potencia

aquel Estado que tiene suficientes activos militares para establecer una guerra seria a gran escala contra el Estado más poderoso o contra el mundo, el candidato a potencia no debe tener la capacidad para derrotar al Estado líder pero sí debe tener un

prospecto razonable para tornar el conflicto en guerra de desgaste, que deje al Estado dominante seriamente debilitado, aunque el dominante gane finalmente la guerra (2001).

Mersheimer simultáneamente reconoce el poder restrictivo, “el realismo ofensivo al centrarse en factores estructurales como la anarquía y la división de distribución de poder, pone poca atención en consideraciones individuales y política interna [...] omite factores que ocasionalmente dominan el proceso de toma de decisiones del Estado” (2001). Sus planteamientos promueven la reflexión, teniendo presente que la cultura es uno de los factores dominantes en el proceso de toma de decisiones del Estado, cuyas implicaciones permean la estructura del sistema internacional, su efecto es diferente al *hard power* y, por tanto, amplía la visión de la distribución del poder y de la estructura, ¿incluir la dimensión cultural no podría disminuir el poder restrictivo de su teoría? ¿Podría la diplomacia cultural contribuir en la mutación de las características de las políticas internacionales?

Ahora bien, si se conjuga la afirmación neorrealista ofensiva “el conflicto y la guerra están destinados a continuar tanto como permanezcan las características de las políticas internacionales” (Mearsheimer, 2001), con elementos como: a) el reconocimiento de la temporalidad del Estado-moderno, b) la influencia y las propuestas desde diversas orillas a lo largo del siglo xx hacia una nueva estructura del sistema internacional, gobierno mundial, confederación de Estados, Estado universal, sociedad global, sociedad mundial, integra-

ción de la sociedad; c) el reconocimiento de la necesidad de convergencia y cooperación entre los diversos actores del sistema internacional (Weiss, 2009) y el desarrollo de conciencia sobre el ambiente de las Conferencias de ONU en Río de Janeiro y Estocolmo en 1972 y 1992; d) la llamada “tercera ola de democratización” que muestra la expansión numérica y en importancia de actores no estatales de la sociedad civil y corporaciones sin ánimo de lucro, e incluye redes para facilitar acciones transnacionales y transgubernamentales; e) el Pacto Global, la colaboración entre Naciones Unidas y movimientos de estudiantes para sacarlo adelante en la cumbre del Milenio de 2000. Si esto se conjuga además con los propósitos de la idea original trazada por Kant y bajo la inclusión de la diversidad cultural; si se aprende de las lecciones de la Sociedad de las Naciones y se responde a la necesidad de coherencia en el acercamiento e interacción entre las regiones y actores de manera equilibrada, y se retoman en un nuevo contexto las implicaciones de la ocurrencia de la Segunda Guerra Mundial y sus derivaciones; si se retoman propuestas hacia la capacidad de cambio en las relaciones internacionales, diversificado su alcance bajo por ejemplo las enseñanzas del proceso integracionista en el continente europeo con la Unión Europea –distintos momentos y desafíos vigentes y cambiantes–, la comunidad ASEAN del 2015, los bloques regionales en América Latina, si se observa la tendencia incremental de la conformación de bloques regionales. Si todo ello se conjuga, las posibilidades de coordinación y articulación a gran escala presentan un reto de enormes proporciones que atraviesa

por sincronización y entendimiento profundo, diálogo y negociaciones inter e intraculturales la construcción de confianza.

En el contexto de gobernanza global esta se refiere a:

esfuerzos colectivos para identificar, entender o dirigir problemas globales cuya solución supera las capacidades individuales de los Estados, y refleja la capacidad del sistema internacional a cualquier momento y cualquier lugar para proveer servicios de gobierno en ausencia de Gobierno Mundial para manejar los asuntos colectivos por una variedad de actores incluidos: autoridades, organizaciones intergubernamentales, ONG, entidades del sector privado y otros actores de la sociedad civil [como] término intermedio entre la anarquía del sistema internacional subyacente en el análisis realista y un Estado mundial en el que las agencias y la rendición de cuentas están ausentes (Weiss, 2009).

Si bien la gobernanza global así entendida es una plataforma importante, es insuficiente. Son necesarios esfuerzos mayores hacia ganancias absolutas compartidas y construidas entre todos los actores, el entendimiento mutuo y el intercambio simétrico de visiones, estrategias y sinergias. Como necesaria es la traducción, no exclusivamente en el plano lingüístico sino conceptual e interdisciplinar.

En estos procesos, la diplomacia cultural profunda es un fuerte vehículo porque: permite y promueve el encuentro simétrico entre los individuos y las sociedades, entre los propulsores de paradigmas y quienes viven en ellos sin ser conscientes de sus implicaciones; permite el reconocimiento de lo que está detrás del otro paradigma diferente al que se sostiene; aterriza

y rompe estereotipos. La diplomacia cultural permite entender las lógicas que están detrás de las posturas e intereses, de las identidades, de los seres humanos con sus particularidades y similitudes.

DIÁLOGO ENTRE EL CONSTRUCTIVISMO WENDTIANO Y EL *SOFT POWER* DE NYE: AMPLIAR LA LUPA PARA NO PERDER LA PERSPECTIVA COMÚN EN DIPLOMACIA CULTURAL

En esta ocasión se asume el reto de contribuir a la construcción de uno de los puentes que pueden ser establecidos a partir del papel de la cultura en las relaciones internacionales, en la política exterior y en la diplomacia cultural profunda, para lo cual se rescatan algunos de los aportes de Alexander Wendt y Joseph Nye, bajo un diálogo en el que las dos miradas dan paso a precisiones mutuas que permiten no desviar el carácter teleológico e incluyente, dejando abierta la posibilidad a otros puentes interteóricos, y a diversificar su curso. Sinergias en las que la identificación de vehículos profundos que las hagan viables resulta importante, y es justamente en este sentido que los aportes de Wendt y Nye abren caminos a partir de la cultura, del poder del *soft power* y de la diplomacia cultural profunda.

Aunque se suele asumir frecuentemente que la diplomacia cultural corresponde a la institucionalización de algo que se ha venido haciendo históricamente en el ámbito diplomático, la conjugación y precisión de Alexander Wendt y Joseph Nye, la diversidad propiciada por múltiples experiencias, visiones, identidades e intereses, nacionales y

transnacionales en el mundo, y nuevos actores permiten evidenciar que la dimensión cultural del *soft power* en las políticas exteriores va más allá de lo que se ha hecho –aunque lo rescata– e invita a que vaya más allá en el siglo XXI. Ello amerita la reflexión para trascender e innovar, construir sobre los aprendizajes y fomentar el entendimiento profundo de los actores en múltiples niveles. La creatividad para la construcción de sociedad mundial caracterizada por la convivencia y el reconocimiento de los intereses compartidos, y la diplomacia cultural, está al alcance de todos los Estados, pero requiere voluntad, contundencia para asumir el reto y la apertura hacia su expansión y responsabilidad en el proceso.

Para salir del eclipse: triangulación diplomacia pública-cultural-política exterior

Así como a partir de la Segunda Guerra Mundial se eclipsan impulsos embrionarios de la disciplina que privilegian el diálogo y el cambio, el sistema de relaciones culturales internacionales establecidas por los Estados tiene despliegue. La asociación entre cultura y política exterior es nutrida sustancialmente bajo el realismo y de manera paralela por escuelas no realistas, lo cual hace que en el siglo XX el reconocimiento de la importancia del acercamiento entre los Estados a través de la

cultura transite entre dos posibilidades. De un lado, la política de la información y la propaganda para posicionar a los Estados de una manera diferente y paralela al plano militar, ejercer influencia en el plano internacional y acaparar aliados en la guerra o posible guerra. Del otro lado, surgen esfuerzos que propenden por el reconocimiento de la cultura no como instrumento inerte al servicio de la expansión, sino como un vehículo que propicia el entendimiento mutuo, incrementa la comunicación y genera relaciones de largo plazo.

Como lo puntualiza Elodie Gerome (s. f.), la noción de la “comunicación intercultural” tiene lugar en los años cuarenta, cuyo objetivo es llegar a acuerdos, conocer al “oponente” superando las suposiciones. Más adelante (1949), Francia introduce la figura de “asesores culturales”. Buscando el tránsito hacia la cooperación y extendiendo el alcance de la cultura, se empieza a promocionar, a poner al alcance de otras sociedades la enseñanza de lenguas y culturas “nacionales”, con el fin de mejorar las relaciones interestatales y generar acercamiento cultural internacional. Florecen diversas instituciones educativas y culturales, Francia e Italia son las primeras con la Alianza Francesa (1883) y la Società Dante Alighieri (1889), y la mayoría prolifera a partir de la década de los cuarenta, después de la Guerra⁵.

⁵ Entre las Instituciones culturales y educativas, son fundadas: British Council (1946), Goethe Institut (1951), Fundación Alexander Von Humbolt Stiftung (1925-1945, 1953), Porhelvetia (1949, Centre Culturel Suisse 1989) de la Federación Suiza, Indian Council for Cultural Relations (1950), Instituto de México (1970), Instituto Camões (1992, sucesor del Instituto da Cultura e Língua Portuguesa), Instituto Cervantes (1992), Instituto Confucius (2004), Centros Inca Garcilaso de la Vega, Korean Cultural Centers, Yunus Emre Institute de Turquía, Cultural Centers de Indonesia.

En este desprendimiento de la cultura, de su instrumentalización propagandística, la diplomacia cultural profunda se configura, impulsada desde múltiples escenarios y con la articulación de múltiples actores. La inclusión de la cultura en la agenda internacional a partir de los años cincuenta, bajo la institucionalización del escenario multilateral, es particularmente activa en los años setenta⁶, lo cual se compagina con lo que acontece en la disciplina de las relaciones internacionales. Según Montiel (2010), la cultura se ha convertido en uno de los temas transversales de la política internacional, ya sea por la existencia de un horizonte simbólico en muchos de los problemas que se enfrentan hoy en día, desde los problemas del medioambiente hasta la globalización y las transformaciones de índole científica y tecnológica. En las últimas décadas, en el marco de la Unesco se ha construido una plataforma normativa y base técnica e intelectual al servicio de los Estados miembros, guía para la revisión, actualización y reorientación de las políticas culturales nacionales.

En su estado embrionario, la relación entre cultura y relaciones entre los Estados estaba asociada al mutuo entendimiento y acercamiento entre las naciones, y la búsqueda de prevención del conflicto interestatal. Con

la ocurrencia de la Segunda Guerra Mundial la propaganda y la asimilación cultural se convierten en herramientas de expansión de los Estados y de competencia. Paulatinamente se transita hacia el intercambio y la cooperación entre las culturas. Superada la Guerra Fría, la diplomacia cultural asume un carácter más profundo, libre e incluyente, y en el siglo XXI su dimensión se expande.

El nacimiento institucionalizado de las relaciones internacionales en el siglo XX acoge la “diplomacia tradicional”, lo cual no impidió del todo la búsqueda de otras formas, como la “diplomacia pública”. Este término fue acuñado en los años sesenta por Gullion Edmund, siendo transformado su alcance en medio de la batalla de las ideas y los valores promovidos por Estados Unidos, la Unión Soviética y Europa. Más aún, parafraseando a Jan Melissen, la actividad diplomática convencional y la diplomacia pública se llevaron a cabo en su mayoría por vías paralelas, cada vez era más difícil ver cómo la tradicional podría ser eficaz sin dar suficiente atención a la diplomacia pública. Frente a la diferencia entre la diplomacia tradicional y diplomacia pública, Melissen (2005) afirma:

la primera es sobre las relaciones entre los representantes de Estados, u otros actores internacionales,

⁶ Convenciones y declaraciones adoptadas por la Asamblea General de la ONU: Convención Universal sobre los Derechos de Autor (1952, revisada 1971), Convención para la protección de bienes culturales en caso de conflicto armado (1954, revisada 1999), Declaración de principios de la Cooperación Cultural Internacional (1966), Convención sobre el tráfico ilícito de bienes culturales (1970), Convención sobre el Patrimonio Mundial, cultural y natural (1972), Declaración de la UNESCO sobre la raza y los prejuicios raciales (1978), Convención sobre la protección del Patrimonio Cultural Subacuático (2001), Declaración Universal de la Unesco sobre la Diversidad Cultural (2001), Convención sobre la protección y promoción del Patrimonio Inmaterial (2003), Convención sobre la protección y la promoción de la diversidad de expresiones culturales (2005).

mientras que la segunda se dirige a la público en general en las sociedades extranjeras y los grupos no oficiales más específicos, organizaciones e individuos [...] definiciones de diplomacia hacen hincapié a su objetivo principal [...] el arte de resolver problemas internacionales pacíficamente [...] sus principales agentes [...] los representantes acreditados [...] estas definiciones no tienen en cuenta la transformación del entorno en el que la diplomacia trabaja [...] descrita como un juego donde las funciones y responsabilidades de los actores en las relaciones internacionales son claramente delineados. [...] Esta foto no se parece a la del mundo de las relaciones transnacionales posmodernas [...] en la que los interlocutores de los funcionarios de servicios exterior no son necesariamente sus homólogos, una amplia variedad de personas están involucradas en la actividad diplomática [...] Como resultado [...] el éxito en la diplomacia significa la apertura y la cooperación transnacional [...] mayor colaboración de las relaciones diplomáticas con diversos tipos de actores.

De esta forma, y en aras de contribuir en este nuevo escenario de multiplicidad paradigmática en las relaciones internacionales y la política exterior para un escenario diferenciado al de la Guerra Fría, se hace necesario adoptar diplomacia pública. También es necesaria la coherencia entre política exterior-diplomacia pública-diplomacia cultural y su articulación en la diversificación de las relaciones culturales internacionales. Hay precisiones al respecto que podrían ayudar a entender su sentido más práctico, según Rodríguez Barba:

las relaciones internacionales culturales según Robert Williams son actividades con el apoyo del Estado con el fin de lograr diversos objetivos en el ámbito

cultural, mientras que diplomacia cultural hace referencia a las actividades que apoyan los objetivos de la política exterior [...] el término de diplomacia pública toma en cuenta los cambios tecnológicos y la opinión pública [...] se suele referir a todos los esfuerzos informativos gubernamentales del ámbito diplomático que trasciende la diplomacia tradicional (2008, 5).

Su triangulación aboga por transparencia y colaboración transnacional entre los actores involucrados bajo un manejo responsable e incluyente de la diversidad cultural y sus contextos.

DIÁLOGO, CONSTRUCCIÓN E INCLUSIÓN DESDE LA INTERTEORICIDAD: A PROPÓSITO DE LA DIPLOMACIA CULTURAL

En el marco de la diversidad paradigmática se hace necesario partir de la ausencia de consenso de lo que significa diplomacia cultural, ello brinda oportunidades de construcción y, simultáneamente, trae consigo el riesgo de incluir en su nombre iniciativas que desvirtúan su objetivo contextual y teleológico. Entonces, ¿qué está detrás de la diplomacia cultural? ¿Cómo darle contenido, significado? Alexander Wendt y Joseph Nye permiten entender la magnitud de la definición amplia que ha sido propuesta en este artículo y abren camino a la reflexión. Como señala Wendt (Rodríguez Barba, 2008, 12-13), el debate no está en enfocarse en teorías sistémicas que se centran en la estructura, o en teorías reduccionistas que se dirigen exclusivamente a los agentes. Se trata más bien de trascender hacia teorías del sistema estructurado y dar cuenta de cómo la estructura se relaciona con los agentes, dirigirse

hacia una mirada holística que entiende que los efectos de la estructura social no pueden ser reducidos a la independiente existencia de los agentes y sus interacciones, estos efectos influyen en sentidos causal y constitutivo en la construcción de dichos agentes. Precisamente, estos efectos entrelazan la distribución de ideas y conocimiento o “estructura del sistema social”, a partir del cual “se construyen identidades e ideas, se buscan soluciones comunes, son definidas las expectativas para el comportamiento, se constituyen amenazas; el carácter de cada una de ellas depende de la ‘polarización material del sistema internacional’” (Wendt, 1999, 24-26), de si los polos son amigos o enemigos, la actuación estará guiada por esa percepción del otro y de sí.

A partir de la teoría constructivista se enfatiza en la codeterminación de los agentes y las estructuras a través del proceso. El sistema internacional desde los aportes de Wendt se concibe en torno a tres elementos: actores estatales, estructura del sistema de Estados y su interacción a través de la política internacional en la cuales los Estados son actores con un sentido de sí y esto afecta la naturaleza del sistema internacional. Bajo esta mutua determinación, los Estados asumen roles,

que no están dados por propiedades intrínsecas sino solo existen en relación con los otros; las expectativas compartidas en las que se basan las identidades de rol son facilitados por el hecho de que muchos roles han sido institucionalizados en las estructuras sociales que preceden las interacciones particulares; es posible asumir un rol porque se ha generado un conocimiento de la idea del otro (Wendt, 1999).

Estos roles son asumidos en los marcos de la política externa. Las ideas compartidas pueden ser conflictivas o cooperativas, según los roles de enemigo o amigo. En este sentido, lo que realmente importa en la definición de roles no es la institucionalización sino el grado de interdependencia o intimidad entre sí (uno) y el otro, entre los actores. Este punto tiene implicaciones profundas, de una parte evidencia la importancia de la política exterior pues del marco que ella propicie se desprende la acción exterior del Estado y, por tanto, la importancia de los tomadores de decisiones. De otra parte, la relación entre los actores es guía para la adopción de roles que son nutridos por los objetivos que se persiguen a través de la política exterior.

Mientras que de la dependencia de los individuos en la sociedad surge la reivindicación de que sus identidades son construidas por la sociedad, los principales actores en las políticas internacionales, los Estados son mucho más autónomos del sistema social en el que están envueltos. El comportamiento de su política exterior es a menudo determinado por las políticas domésticas, análogas a la personalidad individual, más que al sistema internacional (sociedad) (Wendt, 1999).

Está ahí la posibilidad de perfilar el comportamiento y la imagen de los Estados en el marco de su actuación, de la política exterior, de la voluntad y las propuestas de los cancilleres y jefes de Estado-gobierno. Esta labor tiene el reto de ser coherente con los planes de gobierno y dar cuenta de los desafíos regionales y globales vigentes, lo cual es posible en parte porque la formación de identidad ocurre en

la interacción entre lo que se cree es el sistema internacional y se puede hacer allí, y en poderes causales del sistema internacional influenciado por factores domésticos. Es decir, no se puede abstraer de lo que sucede en el mundo para delinear su comportamiento, ni se puede desarticular la estrategia externa con los desafíos a nivel doméstico.

Simultáneamente, asumir el rol está dado por la interacción con los otros, lo cual transcurre de manera más asertiva si la información y el encuentro acogen una mirada colaborativa más que conflictiva. Al estar mediada por el grado de interdependencia de la partes, la diplomacia cultural puede facilitar una imagen asertiva que permita al otro adoptar un rol con base en una información transparente y directa de lo que se es, se espera y se quiere, las identidades, las expectativas y los intereses. Es más, “los intereses presuponen profundas identidades, las identidades no se pueden reducir a los intereses porque las identidades se refieren a quién o qué son los actores, los intereses se refieren a lo que los actores quieren, sin intereses las ideas no tienen fuerza motivacional, sin identidades los intereses no tienen dirección” (Wendt, 1999, 231-232).

De esta manera, en su acepción “wentiana”, el constructivismo abre el espectro hacia soluciones frente a problemas públicos de carácter internacional, nacional, local e individual. Al superar la etapa contemplativa de las dinámicas sostenidas por un sistema anár-

quico internacional, los actores internacionales tienen la posibilidad de transformarlo con sus acciones, sustentadas en ideas e intereses. Justamente en este punto resulta pertinente Joseph Nye (2004, 1), quien atendiendo al contexto de la era de la información global en la que la información es poder, sugiere que los líderes requieren pensar cómo incorporar dimensiones de *soft power* en sus estrategias de ejercicio de poder. Incluso, “los valores que un gobierno busca en su comportamiento doméstico, en las relaciones internacionales (trabajando con otros) y en su política externa (promoviendo paz y derechos humanos) afectan fuertemente las preferencias de los otros. Los países pueden atraer o repeler a los otros con su ejemplo” (Nye, 2004, 4), lo cual concuerda con la mirada constructivista, según la cual la estructura internacional consiste fundamentalmente en el conocimiento, que afecta no solo el comportamiento del Estado sino las identidades y los intereses. Es precisamente este encuentro el que da lugar al *soft power* desde la teoría constructivista wendtiana, que se sitúa en una mirada que integra el idealismo –embrionario de las relaciones internacionales– y el holismo⁷ como vía intermedia.

El *soft power* de Nye presenta oportunidades de articulación teórica con Wendt, pues en la medida en que la distribución de ideas y conocimiento sea más cercana a la imagen que el otro construye de sí y quiere ofrecer, en la medida en que se brinda un conocimien-

⁷ Para Wendt, los debates sobre: a) hasta qué punto las estructuras son materiales o sociales y b) la relación entre agente y estructura entre el papel de la estructura y de los agentes dan lugar a dos posiciones básicas que generan cuatro sociologías de la estructura: materialista, idealista, individualista y holística (1999, 22-31).

to del otro ya no filtrado por la suposición, es posible guiar el comportamiento hacia la amistad entre los polos, las partes y los Estados. En este proceso, el *soft power* entendido como “la habilidad de tener lo que se desea a través de la atracción, no de la coerción ni de los pagos; crece de la ‘atractividad’ de la cultura de un país, sus ideales políticos y políticas” (Nye, 2004, x), resulta prometedor y exigente. Más aún cuando “el poder y los intereses son importantes factores en la vida internacional, pero sus efectos están en función de las ideas culturalmente construidas” (Wendt, 1999, 41). La cultura permite construir puntos de acercamiento a través de su especificidad y diversidad, atraer al otro a su conocimiento y entendimiento, fuente de poder para el *soft power* y base simultánea de los intereses e identidades bajo las cuales actúan los Estados.

Usualmente se tiende a reducir el significado de poder a la simple posesión de capacidades o recursos, considerando a un país poderoso si tiene una población y territorio grandes, recursos extensos, fuerza económica, fuerza militar y estabilidad social. Una definición que aparenta ser concreta y medible, pero no siempre aquellos que cuentan con estos recursos tienen lo que desean, como lo afirma asertivamente Nye (2004, 3). Uno de los motivos de ello lo encuentra Wendt, si bien es cierto que la

distribución de las fuerzas materiales afecta la posibilidad y probabilidad de ciertos resultados [...] el carácter de la tecnología es determinante, el balance entre ofensiva y defensiva tecnológica militar afecta los incentivos para una guerra agresiva [...] aún así, como sean usadas y desarrolladas estas capacidades depende

de lo que los actores crean y desean [...] es solo por su interacción con las ideas que las fuerzas materiales tienen los efectos que tienen (1999, 110-112).

De esta forma, y como lo reconoce Wendt (1999, 102, 104, 106), aunque puede que sea cierta la conclusión de Waltz según la cual los Estados tenderán a balancear el poder de los otros en un sistema internacional anárquico (sin centro), equiparando las capacidades de los “rivales” o construyendo un poder propio, la forma en que lo hagan depende de la distribución de intereses en el sistema, lo cual hace necesario identificar las formaciones culturales en el nivel sistémico –ideas que generan reglas institucionales, sistemas negociadores– que constituyen el significado de la distribución de poder, y los intereses de los actores. Solo conociendo al otro a un nivel profundo, cultural, dando paso a la mutua identificación, es posible transitar al reconocimiento y respeto entre los Estados. Lo anterior puede abrir el paso para dar el salto a la seguridad colectiva, en la cual no es necesario que los Estados sientan que su seguridad depende del balance de poderes militares, pues los que hayan alcanzado el nivel de mutua identificación son más propensos a asegurarse a sí mismos al cumplir con la norma de dirimir la amenazas de manera colectiva. En otras palabras, los efectos del sistema internacional dependen de lo que los Estados deseen y cómo se comporten para lograrlo.

Desde la mirada constructivista, la estructura de cualquier sistema social, como el sistema internacional, contiene condiciones materiales, intereses e ideas, y el aspecto ideacional es una “distribución de conocimiento” que puede ser privado o compartido. El co-

nocimiento privado, parafraseando a Wendt, consiste en creencias que los actores individuales tienen que otros no; en los Estados frecuentemente es el resultado de consideraciones domésticas o ideológicas. Este conocimiento es importante, porque cuando se interactúa con otros Estados el conocimiento privado inmediatamente se vuelve una distribución de conocimiento. En este proceso la dimensión cultural media, y el conocimiento directo propiciado por la diplomacia cultural facilita el acercamiento entre conocimientos privados y su relación con los intereses “nacionales” de los Estados involucrados, transmite al otro una idea más certera de lo que se piensa y cree, y de lo que está detrás. Incluso la diplomacia cultural evidencia puntos de encuentro entre el interés privado de los Estados, y los intereses comunes. Aquellos elementos que continúan siendo particulares adquieren una interpretación certera de sus motivos contextuales, la cultura.

Cuando las creencias particulares de los Estados son completamente exógenas al sistema internacional [...] cuando se suman a través de la interacción de los Estados se convierten en un fenómeno sistémico emergente [...] esto constituye una mínima estructura social, siempre y cuando los actores dentro de ella se comprometen en una acción significativa que tiene en cuenta el comportamiento de los demás y por tanto orienta su curso (Wendt, 1999, 141).

A partir de esta precisión es importante enfatizar que no se trata de sincronizar u homogeneizar las culturas y las creencias; se trata de permitir su visibilidad en el intercambio con otros Estados, para ser entendidas y tomadas

en cuenta en el comportamiento de los otros Estados. Con ello es posible superar la suposición que prima cuando el encuentro directo no ocurre, y entender que “la cultura no es un sector o esfera de la sociedad distintiva de la economía o la política, pero está presente siempre en donde se encuentre el conocimiento compartido” (Wendt, 1999).

Para aproximarse al significado del *conocimiento compartido* Wendt aclara que este puede ser conflictivo o cooperativo. Desde la diplomacia cultural y la interacción pacífica de los Estados, los dos tipos implican un reto. En el caso del conflictivo, el reto es la transformación del conocimiento conflictivo a uno cooperativo, lo cual involucra romper los estereotipos y las preconcepciones formadas, en ocasiones, por suposiciones y falta de comunicación. Mientras que para el caso del comportamiento cooperativo se trata de mantener su carácter y evitar su paso a conflictivo. La diplomacia cultural posibilita ese tránsito de información y conocimiento acogiendo una mirada de largo plazo, y acondiciona la construcción de roles de amistad en medio de la diferencia, de la diversidad.

Así mismo, resulta oportuno precisar que el *soft power* es diferente a la influencia, a la persuasión y la atracción:

la influencia puede basarse en *hard power* o en pagos. El *soft power* es más que solo persuasión o la habilidad de mover la gente a través del argumento [...] es también la habilidad de atraer, y atracción suele llevar a consentimiento, en términos de comportamiento es poder atractivo, en términos de fuentes, las fuentes de poder suave son medios que producen esa atracción (Nye, 2004, 6).

Esta es una premisa fundamental para no perder el sentido de la diplomacia cultural profunda y del poder suave, no puede caer en la manipulación, ni combinarse con ella porque se desvirtúa, requiere voluntad de la otra parte, transparencia de la información. El *soft power* no es propaganda disfrazada, pues ello éticamente desdibuja la voluntad de la otra parte, “el *soft power* utiliza (no fuerza, no dinero) para generar cooperación, una atracción intangible que nos persuade a ir a través de los propósitos de otros sin necesidad de amenaza ni intercambio” (Wendt, 1999, 7).

En este sentido, y específicamente en lo referido a la diplomacia cultural, también es pertinente esclarecer que no es sinónimo de *soft power*, la cultura es uno de los componentes posibles del *mismo*, así como el ejemplo que el Estado da a través de sus prácticas y políticas domésticas. Ello tiene como implicación la correlación entre las prácticas y políticas culturales a nivel interno, y su traslado a la imagen cultural que se promueve a nivel internacional. No resulta asertivo entonces que ellas vayan por caminos opuestos, así como no se pueden distanciar del plan de desarrollo nacional (políticas domésticas) y los objetivos de la política externa, dada su interdependencia y la interdependencia internacional. Esto implica una relación de doble vía, “si la cultura de un país e ideología son atractivos, los otros tendrán disposición de seguirla, si un país puede acoger reglas internacionales que son consistentes con sus intereses, sus acciones tenderán a ser percibidas como legítimas por

los demás” (Nye, 2004, 10-11). Por ello, “las políticas gubernamentales pueden reforzar o diluir el *soft power* de un país, las políticas internas o externas que aparentan ser hipócritas, arrogantes o indiferentes de la opinión de los otros pueden minar el *soft power*” (p. 14).

La diplomacia cultural profunda presenta un potencial que expande su alcance, pues el *soft power* de un país descansa fundamentalmente en tres fuentes (Nye, 2004, 11): su cultura, sus valores y su política exterior. Se trata de un triple poder del *soft power* desplegado a partir de la diplomacia cultural profunda, pues ella incluye los tres componentes: a) es parte integrante de la política exterior y se articula con sus objetivos; b) busca tejer relaciones entre los países, construir y consolidar los nexos con el mundo y sus mundos, el intercambio de ideas, información, valores, sistemas, tradiciones y creencias, y fomentar el entendimiento mutuo entre los actores, puntos de encuentro y estrategias conjuntas; c) alimenta su legitimidad en la inclusión de diversos actores en los ámbitos interno y externo; d) acoge la amplitud de la cultura nacional, lo cual envuelve la inclusión de la diversidad y creatividad en los diversos momentos históricos y manifestaciones locales; e) desafía al arte de la diplomacia y es nutrido desde allí, se compagina con los retos del siglo XXI.

Nye va más allá, precisa que:

algunos analistas tratan el *soft power* simplemente como un poder de cultura popular⁸, ellos se equivocan al equiparar el comportamiento del *soft*

⁸ Entendida por Joseph Nye como aquella que se enfoca en el entretenimiento masivo (2004, 11).

power con recursos culturales que algunas veces ayudan a producirlo [...] la efectividad de cualquier recurso depende del contexto [...] el comercio es solo una de los modos en que las cultura se transmite, también lo hace a través de contacto personal, visitas, intercambios (Nye, 2004, 13).

En este orden de ideas, la importancia del intercambio, del contacto personal para la construcción de imágenes del otro es insustituible por las facilidades que brindan las tecnologías de la información, que son aliadas en este esfuerzo, pero el intercambio personal es necesario. También, se hace necesario incluir en la estrategia de diplomacia cultural profunda la particularidad contextual en donde tendrá lugar, y transitar dentro de sus marcos culturales para facilitar el entendimiento asertivo. La diplomacia cultural es monolítica, dialoga en su acción con el “otro” receptor pues –y en este punto entra Wendt– se trata de adentrarse en un conocimiento común o entendimiento intersubjetivo asertivo, “verdadero”.

El conocimiento común, de acuerdo con Wendt, se refiere a las creencias que tienen los actores sobre la racionalidad, las estrategias, las preferencias y las opiniones de los otros sobre los Estados del mundo exterior; estas creencias no requieren ser verdaderas, solo ser creídas como verdaderas. Además, estas requieren interconectividad (*interlocking*) de creencias, no solo que todo el mundo tenga las mismas.

Esta cualidad de “interconexión” da al conocimiento común, y a las formas culturales que lo constituyen, un carácter a la vez subjetivo e intersubjetivo [...] es subjetivo en el sentido de que las creencias que lo componen están en las mentes de los actores, y figuran en las explicaciones intencionales [...] Sin embargo, debido a que deben ser precisas las creencias acerca de las creencias de los demás, también es un fenómeno intersubjetivo, que se enfrenta a los actores como un hecho objetivo social que no puede ignorarse de forma individual. Ni a una estructura de unidad de nivel debido a su naturaleza intersubjetiva, ni a una estructura macronivel debido a su subjetiva atribución, el conocimiento común es firmemente un fenómeno de interacción de niveles⁹.

El reto de la diplomacia cultural profunda es fomentar que este entendimiento intersubjetivo, que media en el conocimiento común, sea preciso y correspondiente en la mayor medida posible con las formas culturales del Estado que la impulsa, de su sociedad. Un proceso que requiere tacto, pues dada la interacción de los niveles macro y micro, los efectos se propagan con facilidad. Adicionalmente, y debido a su interconectividad, simultáneamente trabaja en contacto persona-persona a nivel de unidad y se traslada a nivel macro, lo cual toma tiempo. En particular, cuando el conocimiento común está atado a memorias colectivas de negación del otro o percepción negativa o de enemistad, el reto es de grandes proporciones.

⁹ Wendt explica el conocimiento común con un ejemplo dado por Lewis, según el cual el conocimiento de una proposición P es “común” de un grupo G, si los todos miembros del G creen que todos los miembros de G creen en P; es decir, que no es suficiente que cada uno crea en P sino que crea que los otros creen en P, lo cual ayuda a coordinar acciones.

“Las creencias compartidas pueden constituir una guerra hobbesiana de todos contra todos o de una paz perpetua kantiana” (Wendt, 1999, 160), y la diferencia entre las dos estará mediada por las actuaciones del otro que alimenten o permitan reconstruir su imagen, lo cual lleva consigo responsabilidad en la estructuración de vías para esta reconstrucción, continuación o construcción. Wendt va incluso más allá; siguiendo a Durkheim resalta las *representaciones* o los *conocimientos* colectivos, que son sostenidas por grupos y generan patrones del comportamiento individual a nivel macro, en el tiempo; ejemplos de ellas incluyen el capitalismo, el sistema westfaliano, el *apartheid*, el régimen de libre comercio y los Estados. Esto posibilita pensar en el cambio a gran escala, en la búsqueda consensuada e incluyente de “representaciones o comportamientos colectivos”, y su relación con los intentos embrionarios de las relaciones internacionales de la sociedad mundial en el contexto vigente, un ejercicio teórico que podría ser retomado en siguientes investigaciones.

De todas formas, y con el objetivo de evitar confusiones, el conocimiento colectivo es diferente al común:

... el conocimiento colectivo es diferente y tiene efectos diferentes que el conocimiento común [...] las representaciones colectivas no pueden existir o tener un efecto aparte de un “substrato” de las creencias de los individuos. La estructuras de conocimiento colectivo dependen de la creencia de los actores en algo que los induce a involucrarse en prácticas que reproducen esas estructuras; sugerir otra cosa sería reificar la cultura, separarla de las prácticas de conocimiento a través de las cuales se producen y repro-

ducen. Por otra parte, los efectos colectivos nos son reductibles a las creencias individuales. Las creencias sobre el capitalismo pueden estar mal o incompletas, aún así las acciones que generan pueden reproducir una representación colectiva de lo que se conoce como “capitalismo” (Wendt, 1999, 161-162).

En este reto del *soft power* vía diplomacia cultural profunda como proceso continuo, para el caso de los Estados, y en el marco de la política exterior, resulta esencial tener presente que el *soft power* no se produce de manera monopólica por los gobiernos, pues no siempre los Estados controlan la cultura, la atracción atribuida a ella y sus posibilidades dada su diversidad amplia. Según Nye, “firmas, universidades, fundaciones, iglesias, y otros actores no gubernamentales desarrollen *soft power* por su parte, que pueden reforzar o estar de acuerdo con los objetivos de la política externa. Esta es otra razón más para que los gobiernos aseguren que sus propias acciones y políticas se refuerzan más que minan su *soft power*” (Nye, 2004, 17), lo cual hace necesaria la apertura simultánea en la política exterior, su divulgación y diálogo con los actores involucrados, en particular aquellos que han venido desarrollando o alimentando las relaciones culturales transnacionales con asentamiento en la cultura nacional a nivel exterior y doméstico. Con ello se fomenta expandir el efecto del *soft power*, articularlo; especialmente porque “en la era de la información ‘las ventajas cooperativas’ serán incrementalmente importantes, cada vez más las sociedades que mejoran sus habilidades para cooperar con amigos y aliados pueden además ganar ventajas competitivas” (p. 17). Lo cual se armoniza con lo aludido por Wendt (1999,

176), quien señala que los significados dependen de las prácticas, habilidades y pruebas que conectan a la comunidad con los objetos representados en el discurso.

Así, la dispersión de acciones, iniciativas, programas de diplomacia cultural que brinden una mirada contraria a otras acciones de *soft power*, entre actores estatales y no estatales, minará el efecto esperado, pues no brinda un mensaje coherente que permita articular el conocimiento privado, común, ni da paso al entendimiento intersubjetivo de lo que se espera sea transmitido. Para interactuar en una situación los actores necesitan definirla antes de escoger el curso de la acción, estas definiciones estarán basadas en al menos dos consideraciones:

sus propias identidades e intereses, que reflejan creencias sobre quienes están en la situación particular; y lo que ellos creen que harán los otros, que refleja las creencias sobre las identidades e intereses de los otros. Cuando estas creencias no son compartidas, cuando no hay una definición cultural de la situación, los actores tenderán a sorprenderse mutuamente con el comportamiento del otro (Wendt, 1999, 186-187).

Lo anterior tiene otro alcance, la ambigüedad en mensajes, en la imagen y significado que se pretende sea tenida en cuenta por el otro, abre la posibilidad al malentendido, a la suposición. No obstante, no se puede dejar de lado que cuando se busca romper estereotipos

o imágenes negativas que el otro tiene de sí, la sorpresa mutua es un elemento constructivo y esperado y no se debe evitar, pero la estrategia para lograrlo debe ser coherente.

Los Estados en su política exterior persiguen sus intereses nacionales, los cuales están sujetos a las identidades que varían cultural e históricamente, y ello hace imposible –indeseable– establecer un contenido universal de los intereses nacionales. No obstante, dentro de los tipos básicos de interés nacional Wendt puntualiza¹⁰: supervivencia física, autonomía, bienestar económico y autoestima colectiva; siendo este último un propulsor de la relación entre política exterior y cultura,

Autoestima colectiva se refiere a la necesidad de un grupo para sentirse bien acerca de sí mismo, por respeto o estatus. La autoestima es una necesidad humana básica de los individuos, y una de las cosas que las personas buscan con la pertenencia a un grupo. Como expresiones de este deseo los grupos también adquieren esta necesidad. Al igual que otros intereses nacionales se puede expresar de diferentes maneras. Un factor clave es si la imagen colectiva de sí es positiva o negativa, lo cual depende en parte de las relaciones con Otros significantes, pues es mediante la adopción de la perspectiva del otro que el “yo” se ve a sí mismo. Las imágenes negativas de sí mismos tienden a surgir de la indiferencia o la humillación percibida por otros Estados, y esto puede ocurrir con frecuencia en entornos internacionales altamente competitivos (Wendt, 1999, 236).

¹⁰ Para Wendt, la autonomía es la capacidad de ejercer control en la asignación de recursos y elección del gobierno, para reproducir la identidad no basta con la simple supervivencia, sino que deben conservar su libertad; el bienestar económico es el mantenimiento del modo de producción de la sociedad, los recursos; es una necesidad en ciertas formas particulares de Estado (1999, 232-236).

En este tipo de interés nacional no siempre se tiene en cuenta su importancia. La diplomacia cultural profunda representa una oportunidad, al contribuir en la construcción de una imagen colectiva del Estado y sus atributos, del complejo Estado-sociedad, incluyendo la diversidad cultural y permitiendo simultáneamente un acercamiento equilibrado entre los Estados. A la vez, busca la superación de la imagen colectiva tergiversada o generada por incomunicaciones entre los Estados. Fomenta una atmósfera para que la mutua construcción de imagen, reconstrucción o afirmación se haga de manera consistente con lo que cada parte espera y quiere mostrar de sí y la diversidad implícita en ello. La autoestima colectiva como interés nacional se supone debe ser incluida en la política exterior, y su relación directa con la cultura implica un trabajo responsable para conseguirlo, pues está en juego una necesidad poblacional doméstica, así como una necesidad del Estado como actor en el sistema internacional: su reconocimiento. Incluso, el efecto que genera en términos macro trasciende la simple supervivencia básica del Estado pues

el reconocimiento reduce la necesidad de asegurar el Yo (Estado) a través de la devaluación o destrucción del Otro, lo cual es un requisito clave para una cultura lockeana [...] en un mundo hobbesiano las necesidades de autoestima tienden a tomar la forma de necesidades de “gloria” y “poder” a expensas de los otros, en una lockeana tienden a ser vistas como “virtud” y “ser un buen ciudadano”. Lo que sugiero [...] es que las instituciones de soberanía pueden ayudar a pacificar los Estados no solo al asegurarlos contra una amenaza física de conquista (la explicación tra-

dicional) sino contra una amenaza psíquica (Wendt, 1999, 237).

Los efectos macro y micro se armonizan con la elección del *soft power*, como afirma Nye: “*soft power* depende en parte de cómo son enmarcados los objetivos, las políticas basadas en definiciones de interés nacional ampliamente incluyentes y con visión de futuro, generan atracción más fácilmente que aquellas que toman una perspectiva estrecha y miope” (2004, 60-61). Así, el conflicto estará presente de manera inevitable, dada la diversidad de miradas y malentendidos históricos, pero su escalamiento está en manos de las actuaciones de los actores y la apertura de sus estrategias, su asertividad. Lo anterior trae consigo una magna responsabilidad, ya que ser atractivo a otros está compuesto por “diferentes ideas y actitudes que dependen de la cultura, en políticas domésticas y valores, en la política exterior –su sustancia tácticas y estilo–, siendo todas importantes, las más volátiles y susceptibles al gobierno son la sustancia y estilo de la política exterior” (pp. 60-61). En otras palabras, la oportunidad y responsabilidad de enormes proporciones está en los hombros de los gobiernos, en particular de jefes de Estado y gobierno, ministros(as) de Relaciones Exteriores y sus despachos, las misiones diplomáticas y su articulación con los demás estamentos gubernamentales. Los roles que adopten ellos para el Estado en su interacción con y en el sistema internacional anárquico son definitivos. Marca sustancialmente la diferencia si los actores incursionan en el rol hobbesiano (enemigo), lockeano (rival) o kantiano (amigo) ya que, como argumenta Wendt (1999, 246,

251), la estructura y la tendencia del sistema anárquico dependerán de cuál de los tres roles sea adoptado.

Según Wendt (1999, 246), la condición anárquica del sistema internacional puede tener tres tipos de estructura en el macronivel, según la clase de roles que dominen, generando y avalando lógicas de comportamiento. Justamente por ello “lo que da el significado a las fuerzas de destrucción (artefactos tecnológicos que tienen la habilidad de matar y destruir propiedad) son las relaciones de destrucción en las que están envueltas, ideas compartidas, cooperativas o conflictivas, que estructuran la violencia entre Estados (e individuos)” (p. 255). Estas ideas constituyen los roles o términos de individualidad a partir de los cuales los Estados interactúan; ideas que a través de la diplomacia cultural profunda pueden ser nutridas o ajustadas. Su alcance y estrategia varían en cada estructura de rol en la que van a ser implementadas.

Así, en una *cultura hobbesiana*,

los enemigos están contruidos por representaciones del otro como actor que no reconoce la existencia propia como ser autónomo [...] que en política exterior tiene tres implicaciones: los enemigos tratarán de responder con destrucción o conquista, se reduce la posibilidad de reciprocidad y movimientos de cooperación, las capacidades militares serán decisivas, el enemigo actuará en términos de su oponente (Wendt, 1999, 260, 262).

Esta lógica ha sido acogida en las guerras a través de la historia, con implicaciones que se incrustan en el comportamiento de los

actores. A nivel micro, en los ciudadanos, las poblaciones e imágenes construidas del otro “enemigo” o “sospechoso de serlo” tendentes a su aniquilación. El despliegue tecnológico militar del siglo xx fue nutrido por esta lógica, así como la expansión de esta en el plano de la academia, como se vio anteriormente en este artículo, al punto de “disminuir” la validez científica de otras lógicas. A gran escala, con el nivel de destrucción y expansión de la muerte en donde no hay limitación de los medios y las fuerzas de destructivas, la bomba atómica y su uso en Hiroshima y Nagasaki, las armas biológicas, los campos de concentración, el genocidio, las violaciones, la tortura, la radicalización y los extremismos que propenden por la violencia y los actos de terror como la única alternativa de “supervivencia”. Una lógica que sigue deambulando por el mundo permea intereses y los facilita, en medio de la ausencia del cambio o de la percepción de sus efectos. Sigue allí en conflictos armados internos activos y potenciales, interestatales y multilaterales, en la actuación de actores no estatales, para los cuales el rol “enemigo” se nutre o puede ser nutrido en un marco que da facilidad a la adquisición de las fuerzas destructivas por parte de los múltiples actores. Más aún,

las relaciones de rol a un nivel micro están incrustadas en un nivel macro [...] las relaciones colectivas tienen vida y lógica en sí mismas [...] entre más miembros del sistema se representen entre sí como enemigos, se llegará al punto en que esas representaciones se conviertan en la lógica del sistema [...] generando tendencias: guerra endémica e limitada, eliminación de los actores incapaces o débiles para la

competencia militar [Estados], el territorio de los débiles [debilitados] será conquistado por el más fuerte (Wendt, 1999, 263-265).

En la segunda lógica, la *lógica cultural lockeana*, el rol asumido “rival” implica un reconocimiento de la soberanía de los rivales, de su vida y libertad como derechos; por tanto, no existe la búsqueda de conquistarlos o dominarlos. Resulta interesante observar que “cuando los Estados reconocen la soberanía de los otros como un derecho, podemos hablar de soberanía no solo como propiedad de los Estados individuales sino como una institución compartida por muchos Estados” (Wendt, 1999, 282). Esta es la base del sistema interestatal, en donde se permite el uso de la violencia para dirimir disputas en algunas ocasiones, la guerra es aceptada y constreñida simultáneamente, como ejemplifican el derecho a la guerra o el DIH, o las atribuciones del Consejo de Seguridad en el marco de la ONU. En términos de política exterior la lógica lockeana tiene varias implicaciones:

ante cualquier conflicto que tengan los Estados se comportan dentro del respeto de la soberanía [pues] la institución de soberanía hace menos escasa la seguridad y el riesgo es menor, el futuro importa más, y las victorias absolutas serán pérdidas relativas [...] el poder militar continúa siendo importante porque los rivales saben que los otros podrían usar la fuerza [...] si las disputas terminan en guerra, los rivales limitarán su propia violencia (Wendt, 1999).

Más aún, siguiendo a Wendt (1999, 283, 284) bajo esta cultura los débiles son

protegidos por la restricción de los fuertes, los Estados débiles sobreviven porque los predadores potenciales los dejan y la neutralidad o no alineación se vuelven estatus reconocidos; siendo la rivalidad representación colectiva, los Estados darán atribuciones a lo que los otros piensan basados en lo que conocen de la estructura. Frente a esta situación, abrir el espectro para la comunicación entre los rivales y la construcción, inclusión o conocimiento mutuo de imágenes correspondientes a la visión del otro, es propiciado por la diplomacia cultural profunda. Incluso el reconocimiento de neutralidad y no alineación propio de la cultura lockeana amplía caminos constructivos en las rivalidades y permite la identificación de puntos comunes de colaboración entre “débiles y fuertes”, entre “débiles” frente a “fuertes”, lo cual sugeriría la posibilidad de dar paso a la deconstrucción de términos y percepciones que se distancian de un acercamiento e interacción equilibrados entre las partes, y tal vez a un nivel más profundo, hacia otras lógicas.

Dentro de la cultura lockeana

los Estados son individualizados, constituyendo una cultura relativa a miembros y no miembros [...] el primer efecto individualizador es definir el criterio de membresía en el sistema [...] creando un Yo grupal, un nosotros [...] contra los “extranjeros” –no miembros– [...] la cultura lockeana es la base de lo que hoy es tomado como “sentido común” en las políticas internacionales: un cierto tipo de Estado es el principal actor del sistema, esos actores son individualistas en el interés propio, el sistema internacional es por tanto en parte sistema de autoayuda, pero los Estados reconocen la soberanía de los otros y son rivales al mismo

tiempo, tienen intereses del *status quo* lo cual los lleva a constreñir su propio comportamiento, a cooperar cuando se ven amenazados desde afuera (Wendt, 1999, 293, 296).

Esta lógica se encuentra en transición, como lo sugiere la relativización de los atributos conferidos a “los miembros”. Las potencias emergentes traen consigo tipos y modos, visiones que trascienden la individualización y la continuidad de un “nosotros” estático. En este tránsito, la comunicación afecta el curso hacia la lógica que tome el sistema internacional, sus matices hobessianos, kantianos, híbridos y los grados de uno u otro.

La tercera lógica está dada por la *cultura kantiana*, que trae consigo como norma la no violencia y el juego en equipo, está basada en el rol de amigo dentro del cual los Estados esperan que los otros cumplan dos reglas básicas:

Las disputas serán dirimidas sin guerra o amenaza de guerra o uso de violencia, los Estados lucharán como equipo si la seguridad de cualquiera es amenazada por un tercero, bajo la Ayuda-Mutua. [...] Estas dos reglas generan lógicas y tendencias asociadas con “comunidades de seguridad pluralística” y “seguridad colectiva” [...] la diferencia entre las dos es que la primera se refiere a disputas dentro del grupo y la última se refiere a la disputa entre los del grupo y los de afuera (no miembros o exmiembros que renunciaron a las normas del grupo)¹¹.

Dada la interconectividad y mutua definición de los niveles micro y macro, las dos tendencias de la cultura kantiana están asociadas, sus efectos dan paso efectivo de una a otra y viceversa, lo cual sitúa nuevamente en el debate a las perspectivas embrionarias de la disciplina, sus aportes aterrizados a las realidades del siglo XXI, entre ellos temas como seguridad colectiva y esquemas de sistema internacional mundial asociado a la lógica kantiana —o cercanos a ella—, bajo la búsqueda de consensos en la diversidad y diálogos interculturales. ¿Cómo transitar hacia una lógica kantiana o similar e incluyente?, es el interrogante que queda abierto. Algunas pistas deja Wendt al enfatizar que la cultura puede ser internalizada mediante tres formas, “fuerza (hipótesis del realismo tradicional), precio (neoliberalismo, racionalismo), 3) legitimidad (constructivismo)” (1999, 263, 264, 268). La continuidad o discontinuidad en las relaciones internacionales depende de la lógica deseada. La diplomacia cultural profunda posibilita y privilegia la tercera opción; sus efectos son de largo alcance, como lo demuestran experiencias de Estados que sobresalen en el escenario internacional y que han dado el salto asumiendo el reto del *soft power* y la mirada amplia de la cultura desde su política exterior, entre ellos Corea del Sur, Indonesia, México, Turquía y Suiza. Ahora bien, ¿cómo se perfila (quiere perfilar) Colombia en el sistema internacional frente a las posibles lógicas en juego?

¹¹ En este punto Wendt retoma a Karl Deutsch quien define las comunidades de seguridad pluralística como “sistema de Estados (por ello ‘pluralístico’) en el que ‘hay una real garantía de que los miembros de la comunidad no pelearán físicamente entre sí, pero resolverán las disputas en algún otro modo’, la guerra es siempre una posibilidad pero no es considerada como legítima” (1999, 299, 300).

BIBLIOGRAFÍA

- Barbé, Esther, 1987. “El papel del realismo en las relaciones internacionales (la teoría política de Hans Morgenthau)”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Epoca)*, n.º 57.
- Barbé, Esther, 2008. *Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos.
- Del Arenal, Celestino, 1994. *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos.
- Gerome, Elodie, s. f. Evolution of cultural diplomacy, en <http://www.culturaldiplomacy.org/pdf/case-studies/Gerome-Evolution-of-Cultural-Diplomacy.pdf> (Consultado el 3 de marzo de 2012).
- Keohane, Robert O. y Martin, Lisa L., 1995. “The Promise of Institutional theory”, *International Security*, vol. 20, n.º 1.
- Klavins, Didzis, s. f. “Understanding the Essence of Modern Diplomacy”, en *The ICD Annual Academic Conference on Cultural Diplomacy 2011*, en <http://ebookbrowse.com/understanding-the-essence-of-modern-diplomacy-didzis-klavins-pdf-d261209006> (Consultada el 3 de febrero de 2012).
- Mearsheimer, Jhon J., 1995. “The false promise of international institutions”, *International Security*, vol. 19, n.º 3.
- Mearsheimer, Jhon, 2001. “Introduction”, en *The Tragedy of great powers politics*, Nueva York, W.W. Norton.
- Melissen, Jan, 2005. “The new public diplomacy: between theory and practice”, en http://kimo-mp3.at.ua/_ld/0/87_en-09.pdf (Consultada el 4 de febrero de 2012).
- Montiel, Edgar, 2010. “Un enfoque estratégico de política exterior para la era intercultural”, en *Cuadernos Unesco Guatemala*, n.º 2.
- Montoya Ruiz, Sandra, julio 2012. *Política exterior y diplomacia cultural: hacia la continuidad de la inserción internacional constructiva. Aprendizajes ilustrativos de experiencias internacionales notables*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- Morgenthau, Hans, 1986. *Política entre las Naciones*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Nye, Joseph S., 2004. *The Means to Success in World Politics*, New York, Public Affairs.
- Organización de las Naciones Unidas ONU, 2010. *La Historia de las Naciones Unidas*, en <http://www.un.org/es/aboutun/history/index.shtml> (Consultada el 11 de octubre de 2010).
- Ortiz, Eduardo, 2000. *El estudio de las relaciones Internacionales*. Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Poos, Jacques F. (Diputado Primer Ministerio Luxemburgo), 2011. *Cultural diplomacy outlook 2011*, en <http://www.culturaldiplomacy.org>. (Consultada el 18 de enero de 2012).
- Putnam, Robert, 1988. “Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games”, en *International Organization*, vol. 42, n.º 3.
- Rodríguez Barba, Fabiola, 2008. “La diplomacia cultural de México durante los gobiernos de Vicente Fox y Felipe Calderón”, en *Reflexión Política*, vol. 10, n.º 20.
- Ruggie, John Gerard, Katzenstein, Peter J., Keohane, Robert O. y Schmitter Philippe, 2005. “The Contributions of Ernst B. Haas to the Study of Politics”, en *American Political Science Association*, en www.arts.cornell.edu/tmpphp/publications/annurev.polisci.8.082103.pdf+ernst+b+haas+uniting+europe&hl=es&gl=co&pid=bl&srcid=ADGEEShB8heHCJ7wID64J5BWQpMzMNGVEHODkmyfymc5WRfKOgc3G2wiD7zW-gmZwxxmPC45FYWFrE1JEOgT-6hEsgiii- (Consultada el 30 de mayo de 2012).
- Santiago Oropeza, Teresa, 2004. “Kant y su proyecto de una paz perpetua (en el bicentenario de su muerte)”, *Revista Unam*, vol. 5, n.º 11, en: <http://www>.

- revista.unam.mx/vol.5/num11/art77/int77.htm (Consultada el 15 de mayo de 2012).
- Sharp, Paul, 1999. "For Diplomacy: Representation and the Study of International Relations", en *International Studies Review*, vol. 1, n.º 1.
- Sotelo, Adrián, 2005. "Dependencia y sistema mundial: ¿convergencia o divergencia? Contribución al debate sobre la teoría marxista de la dependencia en el siglo XXI", en *Revista Da Sociedade Brasileira de Economía Política*, n.º 17, pp. 72-91 (Versión en Internet: <http://www.redem.buap.mx/adrian.htm>).
- Wallerstein, Immanuel, 1976. *The modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of European World Economy in the Sixteenth Century*, New York, Academic Press.
- Waltz, Kenneth, 1979. "Ordenes anárquicos y equilibrios de poder", en *Teoría de la política Internacional*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Waluyo, Harry, s. f. *International Measurement of the Economic and Social Importance of Culture: The Framework for Culture Statistics international*, en http://www.budpar.go.id/userfiles/file/2690_1045-MeasuringCreativeIndustry.pdf (Consultada el 21 mayo de 2012)
- Weiss, Thomas G., 2009. "What Happened to the Idea of World Government?", *International Studies Quarterly*, vol. 53, n.º 2.
- Wendt, Alexander, 1999. *Social Theory of International Politics*, s.d.